Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA

LICENCIATURA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

"El Mercado Abelardo L. Rodríguez, un lugar de memoria"

Trabajo terminal

que para acreditar las unidades de enseñanza aprendizaje de

Trabajo de Investigación Etnográfica Aprox. Interpretativa y *Análisis Interpretativo III*

y obtener el título de

LICENCIADA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

presenta

María José Ahuja Escobedo

Matrícula No. 2153049786

Comité de Investigación:

Director: Dr. Federico Besserer

Asesores: Dra. Adriana Aguayo

Mtro. Rubén Regalado Rosas

Ciudad de México Febrero 2025

A mis padres,

Gracias por la vida y por su ejemplo.

A mis hermanos,

Gracias por enseñarme a creer en mí.

A mis abuelos,

Gracias por enseñarme a soñar.

AGRADECIMIENTOS

A la Dra. Angela Giglia, con quien inicie el proyecto de investigación en 2020, gracias por compartir sus conocimientos y pasiones académicas, siempre las atesoraré. Gracias por abrir en mi vida, la primera ventana a la investigación etnográfica.

Al Dr. Federico Besserer, esta tesis se retomó y concluyo, gracias a su dirección y constante apoyo.

Profesor, siempre agradeceré que, a pesar del tiempo transcurrido y los intentos fallidos, mantuvo la confianza y la paciencia. Gracias por escucharme y por el intercambio de ideas. Por creer en mi investigación y por el tiempo dedicado.

A mis lectores, la Dra. Adriana Aguayo y el Mtro. Rubén Regalado, quienes han acompañado el proyecto desde que la Dra. Angela Giglia lo comenzó. Gracias por aceptar leer mi tesis y la sensibilidad de sus revisiones. Sus aportes fueron muy valiosos

A la Universidad Autónoma Metropolitana, por la formación y oportunidades que me han permitido crecer personal y profesionalmente.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), por aportar los recursos para el proyecto, “Las memorias de lo urbano: territorio, identidades y sentido de pertenencia ante la urbanización neoliberal”, numero 13513482, convenio A1-S-2787, del cual formé parte en mi periodo de campo. Gracias a la Dra. Adriana Aguayo por dirigirlo y acercar estas oportunidades de a los estudiantes.

A los locatarios y personas que confiaron para compartirme sus vivencias y fuentes, que, sin duda, agilizaron el proceso de investigación. En especial, quiero hacer mención del cronista Alfonso Hernández, la Mtra. Lety, encargada de la mesa directiva del mercado, la curadora Lucila Rousset y el Sr. Ramón, encargado de la biblioteca del mercado, gracias por brindarme información y hacer complicidad conmigo.

A mis compañeros del proyecto, por las visitas que realizamos en equipos y por la comunicación que mantuvimos en medio de la pandemia.

A mi familia, gracias por siempre estar.

ÍNDICE

1. Introducción:

1.1. Justificación.

1.2. Objetivo.

1.3. Marco Teórico.

1.4. Hipótesis.

1.5. Diseño de investigación.

1.6. Herramientas.

2. El mercado Abelardo L. Rodríguez, un lugar de memoria.

2.1. PRIMER MOMENTO: Nacimientos de los mercados de la Ciudad de México.

2.2. SEGUNDO MOMENTO: Antes de ser mercado.

2.3. TERCER MOMENTO: Decisión de hacer un mercado.

2.4. CUARTO MOMENTO: Memoria y resistencia de los muros del mercado Abelardo L. Rodríguez.

3. El entorno y la estructura socioespacial del mercado Abelardo L. Rodríguez.

3.1. Cambios poblacionales y transformaciones en el orden urbano.

3.2. El mercado después del sismo de 1985.

3.3. Descripciones demográficas de la zona.

4. La patrimonialización del conjunto Abelardo L. Rodríguez.

4.1. Patrimonialización en la Ciudad de México.

4.2. Políticas públicas y la gestión del patrimonio en la Ciudad de México.

4.3. Patrimonio y memoria del conjunto Abelardo L. Rodríguez.

5. Conclusiones.

6. Bibliografía.

La primera mirada.

Una tarde de enero del 2020, salí de la casa del Estudiante Duranguense, (mi lugar de residencia en aquel tiempo en Santa María de la Ribera de la Ciudad de México), para visitar el Mercado Abelardo L. Rodríguez localizado en el Centro Histórico de la ciudad. La estación de transporte público más cercano, es San Cosme, donde abordé el metro en dirección a la estación de Bellas Artes.

Al llegar a la estación, tomé la salida por Eje Central, para caminar sobre la calle de Madero hasta llegar al Zócalo. En dirección al Palacio Nacional se abría una zona comercial renovada con tiendas de marcas prestigiosas, atiborrada de turistas y vendedores. Atravesar uno de los espacios con mayor afluencia en la Ciudad de México y que representa el éxito de las prácticas de consumo en nuestros tiempos, me fue preparando para el bullicio que me esperaba. Al empezar a rodear el Palacio Nacional, transité por la calle Moneda, después tomé Correo Mayor y al final pasé por la calle del Carmen, misma que llega hasta el mercado. Es una zona de intensa actividad comercial con una composición popular, mientras seguía intentando avanzar, veía cómo los automóviles, los vendedores y los compradores se abrían espacio como en una coreografía de relevos.

Cuando llegué a la cuadra donde se ubica el conjunto Abelardo L. Rodríguez noté que todo el exterior tiene accesorias que ofrecen casi exclusivamente ropa. Al llegar al frente del conjunto Abelardo L. Rodríguez, entre el rápido movimiento de las personas que transitan por la zona, aparecieron los vestigios de lo fue el Colegio Máximo en tiempos de la colonia, me dejé llevar por sus grandes arcos, caminaba por la calle Venezuela sobre la acera contraria, la imagen era fantástica, si la imaginamos en blanco y negro, podría pensarse que estábamos en otro tiempo. Conforme avanzaba la estructura se hacía cada vez más grande, antes de cruzar la calle identifiqué una puerta de entrada, la más evidente, fue la de la biblioteca, se ubica a la mitad del mercado y pertenece a la

construcción jesuita. Al llegar, me recibió un policía, sólo me dijo buenas tardes y haciendo una señal con la mano, me dio acceso. Los techos son muy altos y están vestidos de murales revolucionarios, del lado derecho aún se conservan partes de lo que fue una taquilla.

No tardé en sentir el cambio de temperatura, a pesar del intenso calor que sentí antes de entrar, el ambiente del lugar es frío. Un poco más adelante está la biblioteca, donde me encontré con el Sr. Ramón, el responsable del espacio, desde que me saludó sentí su calidez, mientras me daba un pequeño recorrido por lo que fue el antiguo Colegio Máximo, tuve tiempo de platicarle lo que quería hacer y por qué estaba interesada en el Abelardo. La visita guiada incluyó, el patio y sus murales, y para terminar con broche de oro, me invitó a conocer el teatro, que se encuentra en un segundo piso de la misma construcción, a un lado de la secundaria. Me comentó que desde hace ya varios años se mantiene en desuso y cerrado, las puertas renegaron al abrir, son de madera y parecían estar enojadas. Entramos y yo ya no quería salir de ahí. Las butacas hablan, no hay silencio, las paredes tienen tanto detalle que se necesitan pausar los pasos, el escenario es hipnotizante, el acabado de los azulejos de talavera hace un juego perfecto con los espejos colocados en las bóvedas. La voz del Sr. Ramón expresaba orgullo por el espacio, y ¿cómo no tenerlo?, le agradecí con palabras su hospitalidad y su tiempo. El respondió que nos seguiríamos viendo y me recomendó presentar en las oficinas administrativas del mercado, un documento oficial de la universidad.

El día que presenté la carta de la UAM a la junta administrativa del mercado, llegué al lugar entre 12 y 1 de la tarde, nuevamente caminé sobre la calle de Venezuela hasta la esquina de Rodríguez Puebla, esa arista del conjunto corresponde a la puerta principal del mercado, donde se llevó a cabo su inauguración en 1936. En esta fachada se condensa el diálogo de los estilos que Antonio Muñoz, el arquitecto del proyecto, unió en un mismo espacio. Es una entrada muy ancha, lo primero que percibí fue la altura de sus techos, una vez que se pasó el efecto de la luz externa en mis ojos, pude identificar detrás de las rejas de madera y algunos puestos, las imágenes que guardan los muros. La iluminación del mercado combina con la edad de la construcción, en general es un poco obscuro, no importa la hora que sea, para llegar a las oficinas tuve que atravesar

toda la nave, están ubicadas en un rinconcito frente a las escaleras del Cendi. Dos integrantes de la junta recibieron mi carta, por sus gestos supe que no compartían la misma emoción, les agradecí la oportunidad y quedaron apalabradas algunas condiciones.

En marzo del 2020, esta historia fue interrumpida por un fenómeno mundial, la pandemia del COVID-19; el mundo se detuvo y mi trabajo de campo también. La segunda parte del trabajo de campo, lo realicé detrás de un monitor, por lo que mi acercamiento a fuentes tuvo que ser desde otra aproximación. La intención de este escrito, es dar un contexto del proceso de esta investigación y los tiempos en los que se elaboró.

Por ello, el periodo que pude realizar trabajo de campo en el mercado, fue de enero a mediados de marzo del 2020. En vacaciones de semana santa regresé a Durango con mi familia, el tiempo de estancia se extendió por mas de dos semanas, hasta dos años después y solo en contadas ocasiones visite el mercado, aunque ya no lo hacía en calidad de estudiante, siempre he han recibido con cariño, y yo, sigo sin querer salir de ahí.

Lo que las y los lectores podrán conocer en las siguientes páginas es la síntesis de este largo recorrido.

...el tiempo nos habita
como arena del río que, despacio,
va cambiando la forma de la costa.
Joan Margarit

1. Introducción

El tiempo nos habita, vive en los espacios y en nosotros, en la Ciudad de México, cuya estructura humana y su estructura física se han convertido en acumuladores de memoria haciendo del tiempo un tiempo histórico. Esta idea me llevó a interesarme por el centro histórico, ese lugar donde pasa más de lo evidente y, es en sí mismo una expresión de los matices del pasado de nuestro país. Una característica de la ciudad, es la superposición y articulación de transparencia de épocas, en una misma construcción, se pueden apreciar detalles estilo art deco, estructuras neocoloniales y materiales funcionalistas. El centro histórico permite observar estas capas, y al igual que otras zonas de la metrópoli, funciona como contenedor de espacios de muy diversos usos, en este caso mi intención fue conocer la presencia de los mercados públicos, como uno de los espacios más tradicionales de nuestra cultura.

Por su significativa acumulación de tiempo, el mercado protagonista de esta investigación es el Abelardo L. Rodríguez. Su nacimiento se dió en un momento de construcción de identidad nacional y fue propuesto como el modelo más moderno de mercados en Latinoamérica, ya que integraba una guardería, un teatro, una biblioteca, una secundaria y la sección del mercado tradicional. Además, se sumó al proyecto el movimiento muralista para expresar el progreso económico, el derecho igualitario a la educación y el acceso al arte para las clases populares. Otro elemento que le añade valor al conjunto es la historia del edificio y los diferentes usos que tuvo desde su

construcción en la época colonial. Actualmente está ubicado detrás del zócalo, entre las calles, Venezuela, el Carmen, José Rodríguez Puebla y el callejón de Girón. La intención de este trabajo fue conocer el pasado del mercado a través de sus memorias, entender qué tipo de relación tiene con su presente y cómo ha hecho para conservarse.

La categoría constante de esta investigación, es el tiempo ¿Cómo ha pasado, pasa y seguirá pasando en el conjunto Abelardo L. Rodríguez? La zona donde se ubica ha tenido diversos usos, aunque mayormente se le asocia con áreas comerciales, los cambios en el mercado se explican por tres razones: las nuevas dinámicas urbanas, los cambios poblacionales y el hecho de la patrimonialización. Aunque el de mayor peso ha sido el cambio poblacional de la zona, lo que implica diversas formas de apropiación, usos del espacio y flujos constantes en la ciudad. En 1940, el centro histórico se despobló de una clase adinerada, debido a la centralización del comercio y el nacimiento de otras colonias que ofrecían mejores condiciones de vivienda. Sin embargo, la pérdida de residentes nunca fue total, fueron sustituidos por otro tipo de residentes. En el caso del ambulantaje se mantuvo dentro de los parámetros de control hasta la llegada de estos nuevos residentes. Lo anterior fue acompañado de un crecimiento en la inseguridad de la zona y el descontento en los alrededores del mercado. El sismo del 1985 provocó un cambio brutal, el centro de la ciudad perdió habitantes y con el tiempo el uso habitacional se perdió; algunos de estos edificios se refuncionalizaróon para convertirse en plazas comerciales de productos importados y otros se reciclaron en bodegas de “fayuca”.

Al cambio poblacional se sumaron otras dinámicas urbanas, y como el comercio es inseparable de los cambios en su entorno (ya que su supervivencia depende en gran medida de lo que pasa en el exterior), el mercado Abelardo Rodríguez se fue transformando con el tiempo.

El entorno del mercado funciona bajo un orden urbano, lo que se refiere al conjunto de normas y reglas no siempre explícitas que mantienen la vida humana de la ciudad, es decir todos los códigos de conducta interiorizados por sus habitantes para cada tipo de espacio. El mercado está expuesto de manera vulnerable a lo que pasa en su exterior, le compete todo, desde el clima, las modas de consumo, la salubridad, los

medios de transporte, no importa la magnitud de lo que pase, tendrá una repercusión en el mercado. Con esto, su función debe estar en constante adaptación. Sin embargo, los cambios al interior del mercado han sucedido a un ritmo más lento, ha creado su propio tiempo.

Por último, la patrimonialización del inmueble también se relaciona con los cambios del orden urbano, con la modernización de la ciudad y también la manera de apreciarla. La estructura física que actualmente sostiene al mercado se conserva desde 1800, su transformación arquitectónica permite reconstruir una parte de la historia de nuestro país. Aunque está categoría legal de patrimonio, mantiene su administración sujeta a diferentes actores como, el INAH, la administración política en curso y la UNESCO.

El problema social que este proyecto se propuso investigar fue cómo influyeron e influyen los cambios del orden urbano en el funcionamiento económico y la permanencia del mercado. Pronto nos dimos cuenta que esto estaba ligado al papel del poder político en su gobernanza, y el papel del mercado como un lugar de memoria (en este sentido el espacio construyó la memoria, y a su vez, la memoria construyó al espacio). Así, conforme avanzó mi investigación, identifiqué tres elementos que estaban interrelacionados a lo largo del tiempo: por un lado, el propio mercado Abelardo Rodríguez donde se enfocó mi estudio; por otro, el orden urbano del que formó parte en cada etapa histórica; y finalmente, el poder público que al transformarse también actúo sobre el mercado en distintos momentos en el tiempo. Al final, el mercado como un sitio de memoria es un espacio que da cuenta de estos tres procesos, pues en su estructura se observa la impronta de los cambios que fue experimentando, la patrimonialización como una acción de gobierno que reconoce un cierto tipo de memoria y establece ordenanzas para su gobernanza, y finalmente, la memoria del mercado que reside en la comunidad comercial que alberga.

Con base en lo anterior, el abordaje metodológico se hizo desde dos ángulos: en primer lugar, se estudió la dimensión externa y su relación con el mercado, siguiendo una pregunta de trabajo que puede formularse en el sentido de ¿cómo se relaciona el entorno, el poder público y el mercado para que éste no desaparezca? En segundo lugar,

el trabajo de campo se ocupó del proceso "interno" orientado por la pregunta de ¿qué papel juegan las memorias de la comunidad para la permanencia y continuidad del mercado Abelardo L. Rodríguez?

Como veremos a lo largo de este trabajo, el mercado Abelardo Rodríguez se enfrentó a acontecimientos de gran impacto a lo largo de su historia; desde fenómenos de índole natural como los sismos, hasta cambios importantes en políticas públicas, pasando por los mecanismos de control y vigilancia sobre los comerciantes, el deterioro del recinto y la corrupción. Y, sin embargo, el mercado prevalece.

Para entender al mercado Abelardo L. Rodríguez fue necesario pensar en la concentración de elementos históricos, políticos, artísticos, económicos y de memoria que sus muros guardan. Siguiendo los planteamientos del Dr. Víctor Delgadillo (Delgadillo, 2016), el mercado como estructura es un contenedor histórico que alberga una multifuncionalidad; en este caso, el conjunto consta de diferentes tipos de patrimonios, tanto en el contenedor, como en el contenido y todos están de alguna forma vinculados. Después de la experiencia en campo me di cuenta de la relación que existe entre los locatarios y su espacio, se preocupan por las pinturas, se enfadan cuando recuerdan todas las decoraciones originales del mercado y cómo les fueron quitadas o simplemente removidas; sufren de toda clase de malestares debido a la decadencia física y algunos problemas de humedad, robos e incendios. Por tanto, la disposición de ajustarse a las condiciones por parte de los locatarios y reclamar mejoras ha hecho posible la subsistencia del conjunto.

En el 2019, año en el que realicé mi primer acercamiento al campo, el mercado sufría un abandono institucional que provocó pérdidas de su patrimonio. La relación que ha tenido históricamente con el poder público, se materializa en la fragmentación de su gestión, en la que se involucran distintas instancias. Por ejemplo, por un lado, el área de mercado tradicional, el pasaje de las mochilas, el patio, la biblioteca y un bachillerato, son administrados por la Alcaldía Cuauhtémoc; mientras que por el otro lado existe un bachillerato bajo la tutela de la Secretaría de Educación Pública (SEP); a esta sección se le añadió el Teatro del Pueblo, gestionados por los mismos actores; el

conjunto también alberga un CENDI, el cual es administrado por la alcaldía Cuauhtémoc.

Otro aspecto importante del conjunto, es su categoría de patrimonio, lo que provocó que otras instancias se hayan sumado como, el INBA, el INAH y la UNESCO. Por último, el mercado fue analizado también como una unidad económica regulada por la alcaldía Cuauhtémoc y por el gobierno central de la Ciudad de México. Dicha fragmentación implica que la gestión del conjunto esté dividida en muchos agentes y sea confuso la libertad, y el control que se pueda tener.

Para entender el problema de la configuración del entorno con el mercado, me interesó conocer cómo y de qué tipo se han tejido los vínculos entre los diversos agentes y comprender la relación que tenían.

A pesar de la decadencia por la poca actividad comercial, la transformación urbana y los cambios poblacionales, los mercados tradicionales han encontrado la manera de conservarse. En el Abelardo L. Rodríguez sucedió que su ritmo no logró adaptarse a los cambios de su entorno, está atrapado en su propio tiempo, a diferencia de sus alrededores que velozmente se modernizaron, cambiaron sus servicios y usos del espacio, se despobló de viviendas y el ambulantaje controló las calles; mientras tanto, al interior del conjunto, los movimientos fueron más lentos y graduales, algunos locatarios actualizaron su oferta y generaron su clientela, otros innovan estrategias de consumo y la mayoría se paralizó en otro tipo de mercado que no se adaptó a la situación del centro histórico, además de que parte de su administración funciona viciada en formas antiguas y "típicas" entre los mercados.

El abordaje teórico que propuse para este trabajo, parte de la relación que tiene la Ciudad de México, con los espacios públicos y las prácticas de consumo. Para ello, autores como, Emilio Duhau y Angela Giglia (2016) han propuesto entender que la función de los espacios públicos se transforma por la influencia de los cambios poblacionales, las diferentes dinámicas urbanas y las modificaciones en el medio ambiente. Los autores mencionan, que los proyectos de urbanización se han encargado de destinar lugares específicos para las actividades comerciales y otros para uso de

vivienda. Con el crecimiento de la Ciudad, los proyectos residenciales se han esforzado por ofrecer tranquilidad, lo que implica no ser perturbados por actividades comerciales. (Duhau & Giglia, 2016, p. 102). Sin embargo, ¿qué pasa cuando las prácticas residenciales se llevan a cabo en espacios comerciales? En el caso del mercado Abelardo L. Rodríguez, los locatarios habitan el lugar como comerciantes ejerciendo ciertas prácticas propias de una vivienda. Desde esta perspectiva, la concepción de lo público se transforma junto con sus formas físicas, y el hacerlo habitable, combina practicas residenciales.

En relación con el problema de investigación, autores como Rodrigo Meneses han propuesto, que los mercados tradicionales representan una estrategia espacial del poder público, para su administrar sus funciones recaudatorias, sanitarias y policiales. El autor sugiere las legalidades como herramienta analítica para comprender la forma en que se relacionan jurídicamente los comerciantes callejeros con la administración del poder público (Meneses, 2011, p. 245). Las legalidades públicas se viven en un terreno al que autores como Ángela Giglia y Emilio Duhau llaman espacio urbano, en su libro "Las reglas del desorden" (Duhau & Giglia, 2008) . Esos autores exponen la relación entre lo que proponen llamar orden socio-espacial y la diversidad de la experiencia metropolitana envuelta en la dinámica. Con esto pude abordar el conjunto Abelardo L. Rodríguez desde su relación entre la organización de su espacio y sus prácticas humanas.

Por otro lado, autores como Manuel Guardia Bassols y José Luis Oyón Bañales han planteado que la crisis de los mercados se debe a que, el modelo pertenece a un formato pasado que no se ajusta a los nuevos hábitos de consumo. Sin embargo, la capacidad de supervivencia que han demostrado los coloca como elementos relevantes en un momento de giro cultural en el urbanismo (Guardia Bassols & Oyón Bañales, 2007, p. 118). A partir del estudio de casos que realizaron en España, los autores proponen, que el comercio propio de los mercados puede hacer frente a la nueva Revolución comercial, ya que ofrece experiencias más variadas, más ricas y auténticas que otros formatos más genéricos, como plazas y centros comerciales. En los mercados se pueden combinar cada vez más el vínculo del pasado, los nuevos hábitos y las nuevas

formas de la multiculturalidad urbana, haciendo referencia a las distintas formas de habitar la ciudad.

Por último, el aspecto que unificó el argumento de la tesis, fueron las memorias, como capacidad de conservar, retener y actualizar determinadas vivencias pasadas. Se trata de un fenómeno que es al mismo tiempo individual y social, ya que la memoria individual se sustenta de la memoria colectiva. Es decir, nuestro registro puede basarse, no solo en nuestro recuerdo, sino también en los recuerdos de los demás cuando se comparte la memoria. La confianza en la exactitud del recuerdo será mayor, como si se reiniciará una misma experiencia no solo en una misma persona, sino en varias. Para el análisis de las memorias tomé la idea antes mencionada del autor Maurice Halbwachs (2004) acerca de la memoria colectiva, quién propone que recurrimos a los testimonios para validar o invalidar, pero también para completar lo que sabemos de un acontecimiento.

Casi siempre recurrimos a nosotros mismos como primer testimonio, los recuerdos se sitúan en tiempo pasado y tienen un contexto. Sin embargo, al evocarlos, tienen que pasar por nuestras percepciones del momento, por lo que resultan confusos o selectivos (Halbwachs, 2004, p. 2). Las memorias contextualizadas, son recuerdos muy difíciles de olvidar, siempre que compartimos algo que nos pasó, le concedemos una extensión a su existencia. De tal manera que nuestros recuerdos son colectivos y son los demás quienes nos los recuerdan, esto se debe a que en realidad nunca estamos solos. En este caso, la memoria individual se respalda en la memoria colectiva, y ésta a su vez se sitúa y confirma en determinados recuerdos para completar los vacíos del olvido de algún acontecimiento.

El estudio de la memoria social, es fundamental para afrontar los problemas del tiempo y de la historia. Sin embargo, en un estudio histórico de la memoria es necesario atribuir importancia a las diferencias entre, la sociedad de memoria esencialmente oral y de la esencialmente escrita, y a los períodos de transición, eso que Jack Goody llama «la domesticación del pensamiento salvaje» (Goody, 1985). En esta tesis se conjugaron la importancia y relevancia de las memorias históricas y sociales.

Vivimos en una era de coleccionistas. Registramos y guardamos todo, y aunque voluntariamente no lo hagamos existe y crece un archivo global, que es el Internet. Esta explosión de la memoria en el mundo occidental contemporáneo, llega a constituir una "cultura de la memoria" (Huyssen, 2002, p. 16), que coexiste y se refuerza con la valoración de lo efímero, la velocidad, la fragilidad y transitoriedad de los hechos de la vida, y se mantiene fuera de nosotros. La memoria tiene entonces un papel altamente significativo, como mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia a grupos o comunidades. En el caso de la comunidad interna del mercado, sus memorias hacen referencia a un pasado común y a un presente en construcción compartido, en consecuencia, se construyen sentimientos de autovaloración y una mayor confianza en ellos mismos y en el grupo.

Además de las memorias que residen en los sujetos individuales y colectivos, el estudio de la memoria implica también el estudio de los objetos materiales, sean estos documentos, monumentos o lugares. Para esta tesis aplicar la memoria como estudio convirtió al mercado Abelardo L. Rodríguez en un lugar de memoria como documento y monumento histórico, que tiene como respaldo los testimonios de los locatarios, es decir, la memoria individual.

A lo largo del trabajo de investigación llegué a las siguientes conclusiones:

- El fracaso del mercado como unidad económica, y la pérdida de su patrimonio histórico y artístico se debe en gran parte a la modificación en la configuración del orden urbano de su entorno.

- Las relaciones económicas y sociales, así como los ingresos y egresos del mercado están condicionadas por la administración del poder público.

- Para el giro cultural del urbanismo, las características del mercado le dan relevancia.

- El mercado y la memoria de los locatarios tienen una relación de construcción recíproca.

La manera en que procedimos para la investigación fue por un lado reconstruyendo los aspectos materiales del mercado Abelardo L. Rodríguez, lo cual incluía tanto la historia del predio y de la estructura física del edificio, pero también el entorno que empezó por el poblamiento de la zona, la construcción de las vialidades, y etc. por lo que delimitamos el área de estudio a dos kilómetros a la redonda a partir del recinto. Pero este espacio es inseparable de los habitantes y usuarios de la zona, por lo que es importante mencionar, que en el estudio también se integraron a los locatarios y el ambulantaje, a los clientes y a los usuarios de las demás instalaciones (teatro, bachilleratos, biblioteca, transporte público, oficinas).

Fue una ventaja que la investigación formará parte de un proyecto más amplio o "meta proyecto", el cual abarcaba todo el tema de mercados públicos de la Ciudad de México; ya que, en el proceso pudimos intercambiar experiencias en campo, exponer datos y abrirnos a críticas que hicieron más fuertes nuestras investigaciones, verdaderamente fue algo que enriqueció las interpretaciones y facilitó los aprendizajes.

Al compartir experiencias pudimos llegar a identificar constantes y discrepancias en los mercados. Una gran ventaja que tuvimos como equipo, fue la base de datos generada previamente en el Estudio de Caracterización de la Oferta de los Mercados Públicos de la Ciudad de México (ECOMP) (2017), el cual fue dirigido por la Dra. Ángela Giglia. La recopilación de datos que se realizó se hizo por dos ejes, encuestas simultáneas en los 329 mercados y un trabajo cartográfico de los mercados, además de observaciones etnográficas, entrevistas estructuradas y colectivas de 6 mercados como representativos (Giglia, 2018, p. 12). Fue un proyecto de investigación sin precedentes y su uso cada día sigue haciendo historia, gracias a este precedente, tuve el honor de ser partícipe del siguiente proyecto que la doctora dirigió.

El ECOMP nos concedió un diagnóstico del Mercado del cual partir. Las primeras visitas a los mercados las hicimos en grupo acompañados de la Dra. Giglia, nos enseñó qué teníamos que observar de los espacios y cómo lograr los primeros acercamientos, para mí fue una experiencia de asombro, eran lugares desconocidos, además de la

particular estética que tienen los mercados de la Ciudad de México. Una vez que elegí el mercado Abelardo Rodríguez, aunque tenía bien estudiado los datos del ECOMP, cada visita que hice y las que sigo haciendo son como si fueran siempre la primera vez.

La estrategia de acercamiento consistió en relacionarme con los locatarios más antiguos, creando lazos de confianza. Tuve la dicha de hacerlo con dos personajes sobresalientes del lugar, el encargado de la biblioteca y la coordinadora de la mesa directiva del mercado, que también era directora del CENDI. Ellos me acercaron a las familias más antiguas y a las primeras fuentes de archivo que consulté.

Mi experiencia de campo se vio atravesada por condiciones personales, por ejemplo, ser foránea me concedió una capacidad de sorpresa con todo lo que veía, incluso a veces fue vivida más como una turista, también fue un choque cultural, tuve que tomar conciencia, para distanciarse lo suficiente al momento de hacer el análisis. Otra condición que no parecía tener importancia al inicio, pero conforme avanzaba en la intimidad del mercado la fui percibiendo, fue mi condición de mujer. Noté que los diálogos más fluidos y ricos en información fueron con hombres, niños y mujeres de 50 años en adelante. En cambio, con las mujeres de mi edad era más complicado, porque percibía una distancia que me costaba sobrepasar, y que, si bien podría ser atribuible a muchos factores, resolví no forzar la situación.

Por otro lado, me acerqué a la Alcaldía Cuauhtémoc, la relación la logré con la oficina de patrimonio cultural coordinada en ese momento por el historiador Alfonso Hernández, mejor conocido como el cronista de Tepito. Él me facilitó toda clase de datos de la Alcaldía, gracias a él me fue posible hacer parte de la construcción de la historia urbana del mercado Abelardo Rodríguez. En su memoria, cada vez que pueda haré una visita a Tepito, siempre le estaré agradecida. Esta información le añadió una perspectiva muy importante al proyecto.

El objetivo final, fue lograr una multiperspectiva del lugar para encontrar que une y hace tan diferente cada manera de percibir y habitar el mercado.

La información que buscaba obtener fueron las causas del fracaso por el intento de sistematizar el comercio informal, el motivo de decadencia de la función social y

económica que ha tenido el espacio. Por último, es importante conocer el papel de la memoria en relación con la permanencia del mercado, ya que, esa durabilidad ha sido un elemento que lo ha patrimonializado. En este intento de obtener tal información, me funcionaron las siguientes herramientas: investigación histórica del mercado en diferentes periodos a modo de línea del tiempo, observación participante en el espacio, diálogos y entrevistas informales con los actores y recuperación de testimonios de algunas épocas. Se tomaron en cuenta tres criterios para seleccionar a los colaboradores: tener antigüedad en el lugar (mínimo dos generaciones familiares), tener identidad por el lugar y que voluntariamente quisieran compartir sus memorias. Para facilitar el análisis sociodemográfico de las zonas, incluí la herramienta de la Oficina Virtual de Información Económica de la Secretaría de Desarrollo Económico (SEDECO, 2019).

El lugar que habité en la investigación tiene una fuerte relación con mi historia personal, por ello creo importante presentarme. Soy originaria del estado de Durango, los mercados de mi estado son muy pequeños y solo tenemos dos que podemos llamar "principales". Aún estos siguen funcionando como mercados tradicionales, y son sin duda más pequeños que los de la Ciudad de México.

Esta condición de foránea me mantuvo en un ejercicio comparativo, que me llenó de sorpresas. Los primeros diálogos que logré fueron muy informales, con la frecuencia de las visitas se hicieron más largos y confiables, fue fundamental la escucha y sensibilidad para interpretar las otras voces. En esta experiencia de campo hice relación con tres personas cruciales, la maestra Lety, el encargo Ramón, y el cronista Alfonso, funcionario de la Alcaldía y amante de la historia. Cada uno, me abrió un abanico infinito de posibilidades, siempre estaré agradecida con ellos.

Mi interés por el mercado Abelardo fue y sigue siendo, el hecho de ser un espacio en el que dialogan dos de mis pasiones, la antropología y el arte, en este caso, el área que se propuso para investigar resguarda un patrimonio artístico de mucho valor, además del edificio; ese "resguardo", también lo hacen los diferentes habitantes que tiene todo el conjunto. Por tanto, lo social de las obras artísticas, es inseparable. Para ello fue de gran ayuda el estudio de la memoria del proceso creativo y de producción de

los murales. Como resultado sucedió un fenómeno en doble dirección, al evocar el recuerdo y compartirlo, los locatarios resignificaron su espacio y a su vez, al hacerlo, se traspasaron las barreras del olvido.

La colaboración de todas las personas que se detuvieron a escucharme, y las bellas coincidencias de la vida, hicieron de esta investigación un diálogo fluido y con un resultado común. Como nos lo enseñó en la práctica la Dra. Ángela Giglia, la producción conjunta de conocimiento crea una perspectiva que la mirada individual no puede igualar. Con una imagen más completa del problema, se pretendió plantear posibles soluciones a los problemas que encontramos. Para ello pensamos de manera conjunta formas de incidir en las condiciones del mercado, como podría ser a través de publicaciones por medios culturales. El mercado necesita y merece ser atendido. Las posibilidades de una mayor atención y poner en el centro la dimensión cultural del mercado podría incluso abrir nuevas alternativas a las prácticas de mercado de los locatarios y políticas públicas más apropiadas para el valor del lugar.

En una analogía, el contenido de la investigación se transita por una pista de dos carriles, uno, corresponde al espacio urbano, y el otro, a la memoria. El recorrido de la tesis se propone avanzando de forma paralela entre los dos carriles, imaginando un pie de cada lado. En el mismo proceso de recolección de datos, me di cuenta que no podría avanzar, sino colocaba un pie en cada carril. Por ello, es importante mostrar como identificarlos en cada capítulo, la relación entre espacio y memoria encontró sus modos para expresarse en cada uno.

La introducción se considera como primer capítulo, en el segundo, El mercado Abelardo L. Rodríguez, un lugar de memoria, se construye una historia urbana del perímetro estudiado, el espacio y la memoria se trenzaron con la misma importancia, y aunque la memoria ya se había convertido en historia, el acercamiento a la bibliografía se hizo a través de la memoria viva. El siguiente capítulo, El entorno y la estructura socioespacial del mercado Abelardo L. Rodríguez, se refiere a la estructura socioespacial, en este caso, la memoria fue utilizada para dar contexto del espacio, incluso, se utilizó como brújula del análisis. Por último, en el cuarto apartado, La patrimonialización del conjunto Abelardo L. Rodríguez, se materializan los frutos de la

relación entre memoria y espacio, precisamente, por su correlación surgen categorías políticas como patrimonio.

Los capítulos que componen esta tesis son los siguientes:

Los capítulos de este proyecto se dividieron en tres formas diferentes de aproximarse al mercado como lugar de memoria. El segundo capítulo está dedicado a la construcción de una historia del mercado con base en fuentes secundarias, aquí el peso de la bibliografía recae en pocos autores, el Mtro. Gustavo Ahuctzin Larios, el Dr. Abraham Armijo y Héctor Manuel Romero. La narrativa del capítulo obedece a un orden cronológico dividido en cuatro momentos: se recorre del año 1500 a 1940. El primer momento es la historia de los mercados en la Ciudad de México; el segundo, se refiere a la historia del edificio jesuita; el tercero, explica el acontecimiento de crear el mercado Abelardo y el cuarto, describe los hechos del proyecto mural dentro del mercado.

Desde mi experiencia en las primeras visitas, comprendí la importancia de tener un fondo histórico para interpretar con más profundidad lo que mis ojos estaban observando.

En el tercer capítulo, identifiqué las causas del cambio del entorno físico del conjunto. Sin embargo, aunque la intención no era hacer una narrativa histórica, fue necesario dar un contexto de los momentos en que se suscitaron dichos cambios. Por lo tanto, me apoyé principalmente en dos fuentes bibliográficas: una compilación de los escritos de Carlos Contreras de 1925 a 1938, coordinada por Gerardo G. Sánchez Ruiz, y una investigación realizada por Enrique Cervantes Sánchez en 2016. El capítulo cierra con un análisis socio-espacial del mercado, exponiendo los datos obtenidos en el Estudio de Caracterización de la Oferta de los Mercados Públicos en la Ciudad de México (ECOMP, 2017), proyecto realizado por la Dra. Ángela Giglia.

El capítulo cuatro plantea la relación de los locatarios con su espacio, y cómo ha influido, la memoria colectiva en el de la patrimonialización. Los autores consultados fueron, Ángela Giglia, Víctor Delgadillo, Elizabeth Jelin y Jacques Le Goff, asimismo se incluyeron los testimonios de algunos locatarios.

2. Mercado Abelardo L. Rodríguez, un lugar de memoria.

Dentro de mi proceso de investigación, el primer paso que di, incluso antes de iniciar el trabajo de campo, fue introducirme al contexto histórico de los mercados públicos en la Ciudad de México, en este caso me apoyé de una investigación realizada por Gustavo Ahuactzin Larios acerca del mercado Michoacán (2004). De ahí nació lo que en este capítulo llamo, primer momento. En mi experiencia fue de gran ayuda haber realizado esta lectura antes de iniciar con las visitas a campo. El primer momento contiene una narración histórica de cómo nace en México el comercio en forma de mercado público y las diferentes etapas de transformación por el que éste ha pasado. La idea fue ilustrar una historia que es dada por conocida, poniendo especial atención en los detalles como, la configuración urbana de la ciudad, los cambios políticos, la agencia de los habitantes y los diversos usos y apropiaciones del espacio. El recorrido histórico es presentado en orden cronológico empezando con la época prehispánica, siguiendo con la época colonial y terminando en la era moderna.

El orden utilizado en la división de este capítulo obedece al proceso mismo de la investigación se buscó ir de lo general a lo particular, entender el itinerario histórico del mercado, primero de manera general, para después contextualizar el Abelardo L. Rodríguez en los tiempos y espacios que existió y sigue existiendo. Esto se hizo mediante una línea del tiempo dividida en cuatro momentos.

Para desarrollar el segundo y tercer momento ya había acumulado visitas al mercado, donde a su vez, me recomendaron acercarme a la Alcaldía Cuauhtémoc, de estos dos lugares llegaron a mí, la bibliografía consultada para describir, lo que fue el espacio antes de ser mercado y cómo fue el proceso de convertirse en uno. Con autores como Abraham Armijo de un trabajo de investigación del mercado Abelardo L. Rodríguez y la Enciclopedia temática de la Delegación Cuauhtémoc por Héctor Manuel Romero (1994).

Por último, el cuarto momento, significó un acercamiento más íntimo al recinto, se refiere a la historia del proyecto mural del mercado Abelardo L. Rodríguez. Con ayuda de una investigación y recopilación realizada por Esther Acevedo pude mostrar una cronología de los hechos, desde cómo se convocaron los pintores a participar, las condiciones estipuladas en el contrato del proyecto, los primeros meses de producción y los conflictos que tuvieron los artistas para terminar sus m2.

La presencia de cada momento se sustenta en la relación que tiene la historia con la memoria en el mercado, incluso antes de pensarse como tal. Para esto, autores como Pierre Nora (2008) argumenta que la historia y la memoria no son lo mismo, lo que comparten, es su materia de trabajo, el pasado y el presente. Cada una tiene su forma de relacionarse con el tiempo, la memoria no necesita hacer una separación entre lo que ya pasó, y lo que está pasando, en cambio, la historia toma distancia y regula la mediación entre tiempos. Pierre Nora señala que, en el siglo XIX, la historia se convierte en un proyecto pedagógico al servicio de la nación y un siglo después se transformó en una ciencia social al servicio de la sociedad. En ambos momentos se recurre a la memoria colectiva con la intención de objetivarla; con esto, aparecen los lugares de memoria como los restos de una conciencia conmemorativa en una historia que la solicita, porque la ignora (Nora, 2008, p. 24).

En este capítulo, la relación de historia y memoria termina con el concepto de lugar de memoria, como los vestigios y testigos de otros tiempos. Siguiendo con Pierre Nora, nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea. Los lugares de memoria son bastidores para afianzarse, y los constituye una vuelta con retorno entre historia y memoria. Es decir que, al crearse, la memoria se absorbe por la historia, y después le es devuelta (Nora, 2008, p. 25). El mercado Abelardo L. Rodríguez, como lugar de memoria es un vaivén entre historia y memoria, se unen datos históricos, con elementos simbólicos de la memoria, bajo una consciencia conmemorativa. En la estructura física se asegura la memoria colectiva del conjunto, y a su vez, el inmueble se sostiene porque contiene memoria.

En este caso, la construcción del Mercado Abelardo L. Rodríguez nació como un gran proyecto de nación para el bienestar de la sociedad, por primera vez se pensaba en un mercado que cobijara por completo a sus locatarios, con escuelas y guarderías para sus hijos,

un centro cívico, una biblioteca y un teatro. Además de que el proyecto incluía una serie de murales distribuidos en sus distintos muros, el mercado se volvió vocero del movimiento muralista; por un lado, se expresaron las ideas nacionalistas y las propias interpretaciones que cada artista tuvo de la historia oficial del país. Y, por otro, al quedar plasmadas en materia, se convirtieron en un documento de historia para el Estado.

Primer momento: Nacimiento de los mercados en la Ciudad de México.

La Ciudad de México vista como un mosaico de experiencias comerciales, representa un espacio lleno de posibilidades que pueden variar según la relación que se tenga con él, se puede vivir desde el vendedor, comprador, turista, peatón, o hasta el que llega por azar, también puede pasar que estas identidades comerciales sean híbridas, ya que combinan más de una.

En un principio, la necesidad de abastecer algunas zonas de la ciudad fue la justificación del surgimiento de los mercados, sin embargo, posteriormente, se convirtieron en una estrategia funcional para controlar y concentrar el comercio informal en una cuadrícula fácil de regular. Así mismo, el orden del espacio público se delimita por los lugares de mayor afluencia, de modo que se convierten en un espacio disputado, también sujeto a los cambios y transformaciones que el sistema económico, político y cultural de cada época ordene.

En el siglo XIII, la mayor parte del territorio que hoy conocemos como la Ciudad de México, era una cuenca con cinco lagos, dicha condición hizo necesario y al mismo tiempo posible, crear una red comercial entre los antiguos pueblos para intercambiar sus recursos, es como podían atender a sus necesidades dependiendo menos del entorno (Ahuactzin, 2004, p. 2). Desde entonces, la actividad comercial se fue formalizando en la Ciudad de México. El mercado prehispánico representa a un tipo de comercio basado en el trueque, definido por la Real Academia Española como, “el intercambio directo de bienes y servicios sin la intervención de dinero”, pero con la presencia de un conjunto de reglas, que hacían posible mantener el orden.

Para 1500, en el lago mayor de Texcoco y los cuerpos de agua anexos se establecieron puertos agrícolas y pesqueros. En pleno apogeo del imperio mexica

existieron varios puntos dedicados al intercambio de mercancías como, los puertos ribereños de Iztapalapa, Chalco, Xochimilco y Azcapotzalco, los cuales funcionaron como plazas comerciales especializadas en ciertos productos. La potencia del momento fue el mercado de Tlatelolco, lugar al aire libre, donde se reunían periódicamente los mercaderes para realizar intercambios de productos, ya fueran locales o traídos de otras partes del territorio. La finalidad era ofrecer y obtener algo, lo que convertía al mercado, en un espacio importante para la convivencia e integración de la comunidad. Este fue el lugar comercial, con el que se encontraron los españoles a su llegada, en el apogeo de la conquista, la destrucción del tianguis fue inevitable, sin embargo, su recuperación nunca llegó. Su historia quedó enterrada, bajo lo que hoy conocemos como la plaza de las tres culturas (Ahuactzin, 2004, p. 3).

Después de la conquista, la necesidad comercial demandó un espacio, instalando el primer mercado en lo que hoy conocemos como el Palacio de Bellas Artes, con el nombre de Juan Velásquez. Una vez terminada la traza española, la actividad comercial finalmente tomaría sede definitiva en la Plaza Mayor, su ubicación fue pensada para ser principio y fin de las vías de transporte para las mercancías. En este proceso la tradición prehispánica del trueque, como el intercambio de bienes y servicios se fusiona con el modelo europeo de mercado, el cual regulaba las relaciones comerciales en el espacio público, a través del ejercicio de poder de la Corona y la Iglesia. Con eso se cubrieron las necesidades tanto de los indígenas, como de los españoles, mientras se instauraban otras (Ahuactzin, 2004, p. 4).

En el periodo de conquista, la actividad comercial se dividió por lo más evidente, ser indígena, o ser español, las prácticas que excluyeron al mercado indígena produjeron un "mercado paralelo", dedicado a revender las mercancías entre españoles e indígenas fuera del ámbito legal, originando con esto, una serie de conductas comerciales que hasta la fecha se mantienen, el mercado informal que existe en todo el territorio Mexicano y más allá, ¿cuántas cosas, personas, animales se venden al día, libres de las regulaciones del poder de la administración pública?. Sin embargo, ferias y tianguis no desaparecieron por completo, poco a poco, lo que quedaba de los mercados

indígenas, fue absorbido por las formas españolas, el origen de las mercancías podía ser prehispánico, europeo y asiático.

En consecuencia, de tal concurrencia y la diversidad de oferta y demanda, este espacio se separó en tres mercados, dentro del mismo circuito de la Plaza Mayor, cohabitaron diferentes mercados, entre ellos, "El Baratillo" y "El Parián", a continuación, una descripción breve de cada uno:

- El Baratillo: destinado principalmente a los indígenas y a la clase baja de los criollos, para vender en puestos al aire libre, lo poco de sus pertenencias, comida, frutas y verduras, así como, artículos de segunda mano. Debido a la procedencia de los productos, algunos vendedores aprovecharon para negociar cosas robadas, aumentando con esto, la delincuencia Al final, El Baratillo se convirtió en el lugar comercial y de convivencia para vagabundos y ladrones (Ahuactzin, 2004, p. 5).
- El Parián: destinado principalmente a la clase adinerada de los españoles y criollos, donde podían adquirir productos importados de Oriente y Europa (Ahuactzin, 2004, p. 5).

En 1703, se inaugura el primer mercado construido de materiales sólidos, con la idea de mayor permanencia, ubicado en la misma plaza central, igualmente llamado, "El Parián". Al poco tiempo se dieron cuenta, que sería insuficiente, por lo que se instalaron más cajones en sus alrededores. Sin embargo, esto no apaciguó los problemas de salud y de tránsito, al contrario, fueron en aumento. Años más tarde, durante la guerra de Independencia, las vías comerciales entre Europa y Oriente fueron interrumpidas, por ende, El Parián perdió sus fuentes de abastecimiento, disminuyendo sus productos, y finalmente dejó de existir en 1843 (Ahuactzin, 2004, p. 6).

En la segunda mitad del siglo XIX, después de promulgar la Ley Lerdo, el 25 de junio de 1856, para aplicar la desamortización de los bienes eclesiásticos (Lezama, 2024), se decidió destinar algunos de estos, para uso comercial, además de representar una ruptura con la traza española, también significaba la destrucción y construcción de nuevos y viejos complejos. Después, en el periodo presidencial de Porfirio Díaz, el proyecto de los mercados incorporó el uso de otros materiales más modernos y

tecnológicos, se combinaron muros de ladrillo, pilastras de cantera y piedra chiluca, armaduras y cubiertas de madera o fierro, y los pisos de loza. Con Díaz, también llegó, el reglamento del consejo superior de salubridad del 14 de julio de 1879, con el que se crearon nuevos usos y costumbres en torno a la higiene (Ahuactzin, 2004, p. 7).

En resumen, el porfiriato en la Ciudad de México significó la disminución del medio rural y la expansión del espacio urbano, pensado mayormente para extranjeros, ya que la inversión monetaria procedió de ellos, aparecieron los grandes establecimientos manejados igualmente por ellos, como El Palacio de Hierro, El Puerto de Liverpool, El Puerto de Veracruz, La Ciudad de Londres, El Centro Mercantil y High Life, implantaron los precios fijos y las incipientes campañas publicitarias, anunciando sus productos en los periódicos (Ahuactzin, 2004, pág. 8). En los últimos años de su dictadura, entre 1900 y 1910 se construyeron y reconstruyeron mercados como: "La Merced", "San Cosme", "San Juan", "Martínez de la Torre", "La Viga", "2 de abril", "La Lagunilla", "Loreto" y "San Lucas".

Siguiendo con el orden de los hechos, se desató la Revolución Mexicana, la cual tuvo graves consecuencias en el abasto de la población y la escasez de mercancías, lo que a su vez, provocó un aumento exagerado en los precios, esto, aunado a la emisión de billetes sin valor real por parte de los jefes revolucionarios, los llamados bilimbiques, billete emitido entre 1913 y 1915 por autoridades municipales, militares, comerciantes y hacendados, terminó por generar un tremendo caos y una gran inflación, la cual hasta muchos años más tarde, y finalizada la revolución, logró ser controlada (Camotes, 2021).

La etapa postrevolucionaria modernizó la ciudad y en el campo, se vivió un intenso momento de desarrollo. A partir de los años veinte, se recuperaron las actividades comerciales, apareció la industria, la inversión extranjera, se crearon bancos, se formaron partidos políticos y nacieron las primeras Universidades; en este contexto emerge el proyecto del mercado Abelardo L. Rodríguez, en el gobierno del presidente con el mismo nombre**.** Sin embargo, este crecimiento no estuvo exento de errores, en el proceso, alteró y modificó el orden urbano, dado que la evolución de las actividades comerciales está relacionada con el desarrollo económico, el sector

comercial ya desde esa época evidenciaba distorsiones en sus prácticas, así como una exagerada concentración de sus actividades en el área metropolitana (Sánchez, 2013).

En la década de los setenta, México enfrentó una crisis económica debido al gasto excesivo del gobierno y la insuficiencia de ingresos por el petróleo. Para financiar el déficit público, el gobierno recurrió a la acuñación de pesos y, a pedir préstamos en dólares. Los mercados nacidos en el periodo postrevolucionario vivieron los inicios de una problemática que aún invade a gran parte del centro histórico, ante la falta de controles adecuados de las autoridades y el desarrollo económico, el ambulantaje se expandió en todas sus formas. Los mercados surgidos en esa época fueron pensados en grande y muchos se conservan: La Merced, Tepito, Sonora, Jamaica y San Juan.

Como vemos, el sentido y la forma de los mercados se han modificado con el tiempo por distintas causas como, la imposición de la moneda como forma de pago, la Revolución Industrial y sus efectos, los cambios políticos, las migraciones, sismos, incendios y la planeación y ejecución de diseños urbanos necesarios para ordenar la vida social de una metrópoli. Para la relevancia de esta investigación nos detendremos con mayor detalle en 1934, cuando nace el mercado "Abelardo L. Rodríguez". Con este viaje en el tiempo, me interesa conocer el motivo de su fundación, los periodos de bonanza, así como, las intermitencias de decadencia y las crisis repentinas para lograr entender el ciclo de resistencia y supervivencia que actualmente vive el mercado**.**

Segundo momento: Antes de ser Mercado.

Según Kubler (1948), el diseño de la nueva ciudad habitada por españoles, renace en manos del urbanista, Alonso García Bravo, a quien le fue encomendada la tarea de trazar un plano para generar un distribución urbana; su propuesta dividió el espacio en cuatro cuadrantes, cimentados en la previa partición de los cuatro calpullis, con la diferencia de ser nombrados como santos católicos: San Pablo, San Sebastián, Santa María de la Redonda y San Juan (Romero, 1994, p. 39). La lógica de esta traza seguía con la disposición del conjunto de ordenanzas del régimen de Felipe II en 1573, el cual indicaba, que las calles deberían estar dispuestas en damero (en forma de tablero), con

una plaza central y alrededor debía de situarse tanto la Iglesia, como los edificios reales y civiles (López, 1992, como se citó en Armijo, p. 43).

Siguiendo con la investigación realizada por el Mtro. Abraham Armijo, el antiguo barrio donde se construyó el mercado Abelardo L. Rodríguez, corresponde al cuadrante norte-oriente del plano de García Bravo, y llevó por nombre, San Sebastián. El determinante geográfico del lugar, acotaba la extensión de tierra firme, ya que se encontraba limitado por dos canales de agua, uno al norte y otro al oriente, los cuales quedaron enterrados en lo que hoy conocemos, como las calles de Apartado y Vidal Alcocer. En otra arista del mercado, el lado sur poniente envolvía el recinto por dos caminos, actualmente conocidos como, la calle de El Carmen y Justo Sierra. La esquina faltante del cuadrante, corresponde al lado oriente-poniente y un camino diagonal, formado desde la fragmentación de la manzana jesuita, actualmente son la calle República de Colombia y el callejón de Girón (Armijo, p. 43).

La llegada de la orden Jesuita, en 1572 al perímetro que la iglesia le había asignado a la Compañía de Jesús, significó la integración del lugar a la ciudad, además de la migración que comenzó a desdoblarse. Pasado apenas un año, la orden ya tenía casi terminada sus primeras edificaciones, el crecimiento acelerado se debe a la gran abundancia de la orden y a la necesidad de seguir con la evangelización (Ovando, 1951, como se citó en Armijo, p. 44).

En el contexto urbano de la ciudad virreinal, la compañía de Jesús sirvió para fines educativos, desde la enseñanza de las primeras letras, hasta los estudios a nivel universitario, dirigidos a españoles, criollos y mestizos. Por otro lado, también cumplían funciones de carácter administrativo, y de evangelización de la población nativa. Las construcciones jesuitas tenían la característica de adecuarse al ambiente y los colegios debían situarse próximos al templo. La manzana jesuita condensa y representa el significado de progreso y educación durante casi dos siglos (Armijo, p. 47-48).

Lo primero en construirse dentro de la manzana jesuita, fueron los colegios y templos de San Pedro y San Pablo, y el de San Gregorio, encargados de la educación religiosa y de las primeras letras de los indios. La dinámica cambió, cuando el Colegio de los indios recibió la Hacienda de San José del Acolman, primero se cerró

comunicación con los colegios San Pedro y San Pablo, tuvieron nuevo rector y se formó una vecindad de San Gregorio, terminaron por emanciparse de los otros, los encargados de la administración del Colegio, se instalaron con las viviendas y oficinas necesarias (Acevedo, 1997, p. 88).

A raíz de la expulsión de la Compañía de Jesús decretada por Carlos III, se formaron organismos para la administración de los bienes jesuitas, que recibieron el nombre de "Junta de Temporalidades". Cada ciudad tenía la suya y formaban parte de ella las autoridades de la misma**.** En 1767, el colegio de San Pedro y San Pablo fueron cerrados; sin embargo, el Colegio de San Gregorio pudo salvarse gracias a la influencia de un importante abogado, jurista, geólogo aficionado y estudioso Francisco Javier Gamboa, quien reclamó para que continuara con sus funciones (Acevedo, 1997, p. 88).

En 1796, la huerta de San Gregorio funcionó como taller de fundición para escultor Manuel Tolsá, al artista se le encomendó la tarea de realizar una estatua en honor al monarca Carlos IV, éste fue representado montando un caballo, con una pata pisando unas flechas mexicas (Soriano, 2010, p. 1409). Actualmente, el caballito de Tolsá se exhibe de manera permanente sobre la calle de Tacuba, frente al Museo Nacional de Arte, antiguo palacio de comunicaciones.

En los primeros años del siglo XIX, el Colegio de San Gregorio se reactiva temporalmente, por un retorno esporádico de la Compañía de Jesús, después de la guerra de independencia en 1824 bajo la dirección de Rodríguez Puebla. El colegio sufrió cambios en su administración interna, como el asunto del acceso a la totalidad de la población. A partir de 1853, el espacio sufrió una transformación, aunque su uso seguía siendo con "fines educativos", se presentaron usos alternos, ese año se creó el colegio Nacional de Agricultura, lo que provocó que las sociedades obreras se apoderaran del espacio para instalar una escuela gratuita para hijos de los obreros afiliados a ellas (Acevedo, 1997, p. 88 - 89).

A partir de 1850, el crecimiento de la ciudad provocó la centralización de las actividades económicas, políticas, industriales y de comunicación. Por otra parte, en el año de 1856, con la aplicación de la Ley de Desamortización de los bienes eclesiásticos, la ciudad sufre un cambio de configuración urbana, debido a la distribución de los inmuebles de la iglesia. Lo anterior lleva a la ruptura de los grandes patios

conventuales, reordenando espacios, ampliando el uso habitacional y la apertura de nuevas calles. Las funciones educativas continuaron, primero fue Colegio de niñas en 1857, tan solo duró un año, posteriormente fue Colegio Militar hasta 1882, que pasó a ser bodegas de la aduana y escuela correccional (Armijo, p. 50-52). Es importante hacer notar, que el constante cambio del uso de suelo, lo fue transformando en una zona marginada, ya que su ocupación, en su mayoría fue por grupos vulnerables, como los indios y obreros.

La ciudad del siglo XX sintomatizó los efectos de los proyectos ejecutados en los últimos 400 años. Entre 1920 y 1930 se registró una ola migratoria hacia la zona urbana, con esto, el gobierno postrevolucionario tuvo que plantearse proyectos urbanos, para atender a las nuevas necesidades, estos se realizaron a cargo de Carlos Contreras. Uno de estos síntomas, fue la apertura de la calle República de Venezuela, aunque la intervención trató de no destruir parte del colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, dicha modificación marcó un antes y después de la zona. El conjunto Abelardo L. Rodríguez, como proyecto urbano, se pensó como la posibilidad de rehabilitar del área, por su evidente valor histórico (Armijo, p. 57 - 58).

Una publicación de *Nuestra Ciudad*, en junio de 1930 expone la problemática que enfrentaba el gobierno para el abastecimiento de la ciudad, por lo que se requería un proyecto de construcción de mercados. En este periodo, la zona centro se despojó de la clase adinerada, ya que simultáneamente se estaban fundando colonias con más prestigio social; consecuentemente, el comercio informal fue tomando mayor poder en el centro. Bajo este escenario, las autoridades reconocieron la necesidad de crear un nuevo mercado que sobrepasara las expectativas, aunque reconocían, que la demanda fundamental era la construcción de pequeños mercados distribuidos estratégicamente en la ciudad (Acevedo, 1997, p. 89 - 90).

Tercer momento: Decisión de hacer un mercado.

En este punto del recorrido histórico, la distancia con el mercado Abelardo L. Rodríguez, es casi nula, esta aproximación permite visualizar la compleja escena que

rodeó la decisión de construirlo. En 1930, la Ciudad de México continuaba experimentando los efectos de la Revolución Mexicana y la modernización del país. Durante este período, la ciudad se convirtió en un centro cultural y político, atrayendo y albergando artistas, intelectuales y revolucionarios de todo el mundo.

El periodo presidencial de Pascual Ortiz Rubio de 1930 a 1933 se caracterizó por una administración cambiante, en apenas dos años hubo diversos jefes, el país resistía el reajuste de la economía internacional, después de la caída de la bolsa de valores de New York en 1929. Por el contrario, el gobierno presidencial de Abelardo L. Rodríguez, mantuvo el mismo jefe del entonces departamento del Distrito Federal, Aarón Sáenz Garza, conocido en la escena política desde 1923, ocupó diversos puestos que le permitieron un buen número de obras, como fue, el macroproyecto de hacer el Mercado del Carmen, como originalmente se pensaba llamar al mercado Abelardo L. Rodríguez (Acevedo, 1997, p. 90).

La construcción del mercado se decidió principalmente para abordar el problema de abastecimiento derivado del crecimiento poblacional. Además, se buscaba concentrar el comercio ambulante para mejorar la higiene urbana y aliviar el congestionamiento del tráfico. Finalmente, el proyecto también tenía como objetivo revalorizar el inmueble. Esta obra representaba el primer mercado grande y moderno de Latinoamérica, diseñado para actualizar los mercados públicos con avances en salubridad e higiene, resolver problemas de distribución de insumos y ayudar en la recaudación de impuestos por parte del Departamento Central del Distrito Federal (Acevedo, 1997, p. 92). En las Memorias del Departamento de los años 1933-1934 se menciona que el mercado Abelardo L. Rodríguez recibía la función de mejorar "la situación económica, moral y social de las vendimeras al proyectar una guardería para las hijas de estas" (Departamento Central del Distrito Federal, 1933-1934, p. 50, como se citó en Acevedo, 1997, p. 90).

La principal modificación urbana que nos dejó el proyecto de construcción fue la prolongación de la calle Venezuela, ya que, el conjunto Abelardo L. Rodríguez se pensó para ubicarse entre las calles, El Carmen, República de Venezuela, República de Colombia, José Rodríguez Puebla y el callejón de Girón. Con la nueva configuración del espacio, también se logró abrir paso a las calles del Carmen, Corregidora y parte de

Lagunilla. Los envolventes que serían reciclados para crear el conjunto Abelardo L. Rodríguez formaron parte de los dos momentos anteriormente descritos, sin embargo, en este tercer momento, la valorización estética e histórica no era evidente, representaba las caballerizas abandonadas del antiguo cuartel de Rodríguez Puebla y lo que había quedado del Colegio Máximo; afortunadamente, la construcción del mercado no incluía demoliciones, sino que, abarcó el espacio de uno de los claustros del antiguo Colegio (Armijo, p. 58).

La tarea fue encomendada al arquitecto Antonio Muñoz y a la constructora privada Compañía de Fomento y Urbanización (FYUSA). Muñoz, arquitecto del Departamento Central, también participó en los planos del Palacio de Bellas Artes en 1930, construyó la entrada de los leones de Chapultepec en 1931, el Mercado Melchor Ocampo y en 1933 participó en el Centro Escolar Revolución. Aunque Muñoz creía que no debía revivirse la arquitectura muerta, tuvo que ajustarse a las restricciones del Departamento y respetar el claustro y los cañones abovedados del Colegio de San Gregorio. Las órdenes del secretario general, José Benítez fueron integrar dichos espacios, a pesar de que, los exteriores no corresponden con el interior, siendo unidos, más bien por separado. Por eso la imagen del mercado parece formar un collage de estilos y épocas diferentes (Acevedo, 1997, p. 92-93).

El día 6 de febrero de 1933 se iniciaron las obras en el mercado, la construcción tenía una extensión aproximada de 12 454 m2 con un costo de 1,354,199.55 pesos (Acevedo, 1997, p. 92). Una de las particularidades que denotaba el proyecto del mercado, fue la idea de "multifuncionalidad", desde sus inicios fue visualizado como un conjunto de diversas formas y funciones, la fachada fue un intento para unificar su interior. En cuanto estilos, el mercado y la guardería eran funcionalistas y el teatro neocolonial, la fachada recubre la estructura con un disfraz neocolonial, es un espacio que expresa una mezcla del nacionalismo mexicano con la modernización industrial y la época de la colonial (Acevedo, 1997, p. 93). La diferencia de este mercado, con los otros proyecto-mercado, fue que además de obedecer a las necesidades y demandas de la modernización y saneamiento del área, se concebía, como un centro cívico de diversos usos, contenía la escuela, la guardería y el teatro.

Lo ecléctico, es el aura del proyecto, por un lado, nace de la necesidad de un nacionalismo, que implicaba una vuelta a lo colonial y prehispánico, y por otro, también atendía a la necesidad de modernizar la arquitectura según las nuevas tendencias que tenía Occidente, el resultado fue una mezcla de tiempos y estilos superpuestos unos con otros. Por último, el diseño del conjunto incluye desde un inicio, el proyecto mural, un patrimonio poco conocido, que ha vestido los muros del recinto por años. Los murales, en pleno apogeo del muralismo mexicano dirigen sus representaciones a los derechos y valores del sector popular, participan diez muralistas, integrando por primera vez el arte a la vida cotidiana de la clase popular (Armijo, p. 61).

Según los archivos de obras públicas de la Ciudad de México, en 1935, el primer año de construcción, se gastaron 566,845.67 pesos, y al año siguiente 807,544.41 pesos. El aumento de costos preocupó al Departamento, pero a finales de 1934, mediante un acuerdo presidencial, se adjudicó el levantamiento del mercado al entonces presidente Abelardo L. Rodríguez. Debido a los gastos invertidos en el proyecto, el presidente cambió el nombre del mercado Del Carmen a Abelardo L. Rodríguez. La fecha esperada llegó el 20 de noviembre de 1934 (Archivo de Obras Públicas del Departamento Central del Distrito Federal, 1935, como se citó en Acevedo, 1997, p. 95).

Cuarto momento: La resistencia de la memoria en los muros del mercado Abelardo L. Rodríguez

Si observamos a México a través de una ventana en el tiempo, saltarán a nuestros ojos todas las expresiones del muralismo mexicano. En su tiempo dicho movimiento, se centró en producir una identidad nacional produciendo una historia “oficial”, para dicha tarea se necesitan tres elementos, el artista, el espacio y un público, por ello consignaron edificios públicos a maestros del arte como, Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros. Cada uno de ellos aportó su propia visión y estilo a la corriente, aunque compartían, el compromiso de utilizar el arte como una herramienta de cambio social, cada uno de ellos, lo hizo desde su posición económica y política, lo cual genera matices diferenciales en sus obras y discursos.

Los temas recurrentes en el muralismo mexicano incluían la historia de México, desde la época precolombina hasta la Revolución Mexicana, así como la lucha de clases, la opresión de los pueblos indígenas y campesinos, y la esperanza de un futuro más justo y equitativo. Los muralistas emplearon un estilo figurativo y narrativo, utilizando colores vivos y composiciones dinámicas para atraer la atención y comunicar sus mensajes de manera efectiva. Siguiendo con los datos obtenidos por Esther Acevedo (1997) del conflicto político que aconteció el proyecto mural del mercado Abelardo L. Rodríguez, investigación publicada como una cronología de los hechos en una revista de investigaciones estéticas.

Los tres artistas antes mencionados han representado esta etapa artística-política desde su tiempo, hasta la actualidad, sin embargo, la presencia de cada uno de ellos, quedó documentada con incidencias desiguales. Al pintor que se le hizo mayor énfasis, fue Diego Rivera, de 1928 a 1932, se le concedieron la mayoría de los proyectos grandes, como La Secretaría de Educación Pública, Palacio Nacional, la capilla de la Escuela de agricultura de Chapingo, la Secretaría de Salubridad y en Morelos el Palacio de Cortéz (Acevedo, 1997, p. 96). En esos años, el contexto político de México trastocaba la escena del arte, causando confusión entre la tarea del artista y del político. Con esto, llegaron un buen número de pintores extranjeros y algunos locales como, Orozco y Siqueiros de posturas contrarias, tuvieron y decidieron abandonar el país.

Pasando la primera década después de la Revolución, el muralismo tomó dos caminos, existía el de complacencia, dedicado a ser vehículo de los ideales que el gobierno buscaba institucionalizar como oficiales, por ello, en su totalidad fueron financiados por la administración pública. Por otro lado, algunos muros representaron el llamado, muralismo de resistencia, el cual contradecía los ejercicios del poder público y las ideas que este pretendía instaurar. Desde un inicio, los murales fueron pensados para plasmarse en edificios públicos y escuelas, sin embargo, no se incluían todos los de uso público, los mercados estaban fuera del circuito. Para el caso de esta investigación, es importante subrayar que la primera obra muralista patrocinada por el Departamento Central en un mercado fue la del Abelardo L. Rodríguez.

La historia de los murales en el mercado, inicia con la tarea de reunir un grupo de artistas para medir las posibilidades de ejecutarlo, de este hecho existen dos versiones en la memoria, la primera afirma que, el contrato fue dado a Rivera y por no tener tiempo invitó a sus alumnos a colaborar. La versión alterna, se sustenta de una entrevista hecha a Miguel Tzab, uno de los pintores involucrados, donde se afirma que la promoción de la obra fue hecha por Mediz Bolio, haciendo el primer contacto con Miguel Tzab, quien propuso a Pablo O´Higgins, que a su vez propuso a Bracho, Pojul y Guadarrama (Acevedo, 1997, p. 96). Ambas interpretaciones tienen verdades, ya que, efectivamente los artistas invitados habían sido o eran alumnos de Diego Rivera, pero desde el muralismo ¿quién no ha sido alumno de Rivera? Por otro lado, la participación de Antonio Mediz Bolio es incuestionable, gracias a las correspondencias y entrevistas que documentaron el proceso, estos datos quedaron registrados en una entrevista que Esther Acevedo realizó a Miguel Tzab en 1978 (Acevedo, 1997, p. 97).

Los artistas se fueron incluyendo circunstancialmente, para abril de 1934 ya se tenía un plano de los artistas que participaron, y los espacios que les fueron asignados, en el primer intento se incluyó a Diego Rivera, José Clemente Orozco y León Venado. En un comunicado hecho en el mismo año, se les hicieron llegar las condiciones de trabajo a los pintores, además de aceptarlas, ellos respondieron con sus necesidades; la carta establecía un salario individual de 5.00 pesos diarios y un límite de 10 meses para dar por terminada la obra, por su parte, los muralistas mencionaron su necesidad de cal hidratada y polvo de mármol en grandes cantidades, así como los colores que deseaban utilizar (Acevedo, 1997, p. 98).

Para pintar los muros del mercado, aún se necesitaba el visto bueno del Departamento de Obras Públicas, representado por el jefe de la oficina técnica, el Ing. Héctor Melo. Después de recibir el proyecto, el Ing. Melo, no quedó satisfecho con las explicaciones de Antonio Mediz Bolio, por lo que solicitó al Arq. Enrique Aragón Echegaray revisara el presupuesto presentado por los pintores (Acevedo, 1997, p. 99). El Arq. Echegaray expresa su postura a favor de la petición, dejando claro algunas condiciones:

- *los 5.00 pesos diarios a lista de raya, para el pago de los artistas y que el material debía ser el propio Departamento el que lo proporcionará a dichos señores bajo estricta vigilancia [...] [y asimismo hace saber a] Melo que Mediz Bolio le había indicado que el señor Diego Rivera quedaba como "fiador artístico" del trabajo de los pintores, dando a la terminación su visto bueno y que lo referente a la ideología de las pinturas queda el propio señor Mediz Bolio, como supervisor de los bocetos antes de llevarlos a la práctica (Archivo de Obras Públicas del Departamento Central del Distrito Federal, 1934, como se citó en Acevedo, 1997, p. 99).*

El arquitecto Aragón Echegaray, también fue el encargado de distribuir los metros por pintar para cada artista y el presupuesto aprobado para abastecer sus listas, previamente el Departamento de Obras Públicas había recibido la lista de necesidades de cada muralista. El reporte entregado por el arquitecto corresponde a los siguientes datos, los metros y el presupuesto que se le otorgaron a Pujol se desconocen (Acevedo, 1997, p. 100-101):

ARTISTA	METROS PERMITIDOS	PRESUPUESTO MATERIALES
TZAB	280 m2	$ 252.58
PABLO HIGGINS	500 m2	$ 571.15
BRACHO	620 m2	$ 400.50
GUADARRAMA	412 m2	255.48

Al finalizar el mes de junio de 1934, el jefe de la Oficina de Control, Pedro Torres escribía que había llegado a un arreglo con los cinco jóvenes pintores:

- *Con fecha 21 del actual causarán alta en nuestras listas de raya los pintores con un sueldo de 4.00 pesos y el ayudante Diaz con 3.00 pesos. Al mismo tiempo trabajarán bajo la dirección de los pintores cinco albañiles con 3.00 pesos diarios y cinco peones con un sueldo de 1.50 pesos, quienes laborarán durante cuatro semanas en la remoción de los actuales aplanados que no pueden ser utilizados en la reposición de estos de acuerdo con las especificaciones que los propios pintores darán. Después de las cuatro semanas solo quedaron tres albañiles y un peón,*

quienes se ocuparán de ir preparando el aplanado final sobre el cual, aim fresco, pintarán los artistas" (Archivo de Obras Públicas en el Departamento Central del Distrito Federal, 1934, como se citó en Acevedo, 1997, p. 101).

Para la segunda quincena de julio, los sueldos ya habían sido liberados bajo los preceptos del acuerdo entre los artistas y Pedro Torres, sin embargo, los materiales para empezar la obra no habían llegado. De nada le servía al Departamento Central tener 5 artistas a sueldo, sino tenían con qué trabajar. Pasados los primeros meses de trabajo, en diciembre de 1934, los pintores tenían el compromiso de entregar un informe sobre las actividades que habían realizado y explicar las causas del retraso de las obras. El Departamento Central reclamaba su condición del acuerdo, ya habían pasado seis meses manteniendo la paga de cada uno, y de los 2 733 m2, tan solo tenían pintados 170 m2. Los muralistas justificaron los retrasos debido a tres principales inconvenientes (Acevedo, 1997, p. 102-103):

1. La obtención tardía de materiales como cemento, andamiaje y grano de mármol, lo que demoró el inicio de las obras.
2. Las condiciones inadecuadas de los muros, que no permitieron empezar con la técnica al fresco de inmediato.
3. La orden de suspender la obra y desmontar el andamiaje con motivo de la inauguración de la Feria del Mercado desde el 10 de noviembre.

Ante la situación, las autoridades del Departamento Central del Distrito Federal modificaron los términos del acuerdo de junio de 1934. Los nuevos términos, especificados en un contrato del 11 de enero de 1935, establecía que los pintores debían completar 1,243 m2 al fresco y 17 m2 al temple. Los bocetos requerían la aprobación de Diego Rivera, y los artistas tenían que obtener una fianza para garantizar la finalización de los trabajos y su entrega el 1 de diciembre de 1935. El Departamento designaría las superficies a pintar, verificaría los pagos y sólo proporcionaría los materiales necesarios, mientras que las herramientas y otros gastos serían cubiertos por los artistas (Acevedo, 1997, p. 103).

La superficie destinada para pintar se redujo de 2,733 m 2 a 1,500 m 2, incluyendo las áreas asignadas a los nuevos artistas Pedro Rendón y las hermanas Greenwood. El presupuesto total aumentó de $14,000.00 a $20,250.00 pesos; los artistas recibirían su pago semanal según los metros cuadrados pintados. El nuevo contrato estipulaba un pago de $13.50 por m 2 de pintura terminada, excluyendo materiales. No se incluyeron los costos de la mano de obra para el repellado especial ni la instalación de los andamios, los cuales fueron cubiertos por los muralistas (Acevedo, 1997, p. 104). Dicho contrato incluía una cláusula muy especial, en la que los artistas no mexicanos como, Pablo O'Higgins, Marion y Grace Greenwood, renunciaban a los derechos que como extranjeros pudieran tener, y se comprometen a no pedir intervención diplomática si hubiese inconvenientes; también aceptan ser juzgados por tribunales de la Ciudad de México en caso de que surgiera cualquier problema (Acevedo, 1997, p. 105).

Las nuevas condiciones se implementaron durante el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas. Las políticas de su gobierno influyeron en muchos jóvenes pintores que no habían participado en el movimiento revolucionario. La política interna del régimen cardenista, alineada con su política exterior antifascista, internacionalizó a los artistas involucrados en el movimiento revolucionario. Para ellos, la revolución no se limitaba a la lucha armada en México, sino que formaba parte de una revolución mundial. Esto se reflejó en los murales del Mercado Abelardo L. Rodríguez y del Centro Escolar Revolución, donde colaboraron jóvenes artistas interesados en los problemas del proletariado y en la unión internacional para acabar con la explotación (Acevedo, 1997, p. 111).

A principios de octubre de 1935, cuando ya se habían pintado 928 m 2 de los 1,523 m 2 planificados, el director general de Servicios Urbanos y Obras Públicas, ingeniero José L. Favela, expresó preocupación por la ideología plasmada en los murales. Esta inquietud lo llevó a tomar medidas para revisar y ajustar el contenido de las obras.

- *por un acuerdo del C. Jefe del Departamento [Aaron Sáenz] al Director General de Acción Cívica se sirva poner su visto bueno por cuanto a la ideología de los trabajos ejecutados a los recibos semanarios que se cubren a los expresados artistas por concepto de obra hecha; en la inteligencia de que sin ese requisito no se hará pago alguno* (Acevedo, 1997, p. 132).

Con la preocupación expresada por el director general de Servicios Urbanos y Obras Públicas, los muralistas vivieron una fase creativa envueltos en una atenta vigilancia y la constante presión de la fecha límite. Gracias a la detallada investigación de Esther Acevedo en el Archivo de Obras Públicas, sabemos que el 30 de diciembre de 1935, Antonio Pujol firmaba una carta decisiva, en esta, entregaba oficialmente la obra al ingeniero Juan Antonio Loaeza, el supervisor de la obra. En la carta se afirmaba que el trabajo estipulado en el contrato del 11 de enero de 1935 estaba terminado. A pesar de haber finalizado su último contrato, los artistas compartieron una intensa espera por una recontratación que les permitiera abarcar los metros del proyecto original. Finalmente, los artistas encontraron diferentes medios para que el departamento les permitiera continuar con el proyecto. Algunos continuaron pintando sin salir a la luz (Acevedo, 1997, p. 133).

En el Congreso de Artistas de 1936 celebrado en el Palacio de Bellas Artes, los artistas aprovecharon para exponer sus contratiempos. Gracias a esto, lograron que Fernando Gamboa, Carlos Mérida y ochenta y cinco firmantes más se dirigieran al presidente para solicitar la continuación de los trabajos. El secretario particular respondió que su mensaje había sido recibido y se habían tomado medidas por órdenes del presidente, dirigiéndose al jefe del Departamento del Distrito Federal, Cosme Hinojosa (Documento 5265, Archivo General de la Nación, Ramo de Presidentes, 28 de enero, 1936, como se citó en Acevedo, 1997, p. 134).

A pesar de sus esfuerzos, no lograron ser recontratados. Los miembros de la LEAR se unieron a la causa y, el 1 de marzo de 1936, la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios envió una carta al presidente Lázaro Cárdenas, quien estaba en Guadalajara, solicitando una audiencia para reconsiderar la continuación del proyecto. El 2 de marzo de 1936, el presidente Cárdenas respondió por telegrama a Julio de la

Fuente, miembro de la Liga, informando que había recibido el mensaje y que lo turnaría al jefe del Departamento del Distrito Federal.

- *"comunico a pesar acuerdo y resolución usted [del presidente] favorable a esa Liga, el Regente Cosme Hinojosa se niega a recibir comisiones 'LEAR' y reanudar obras pictóricas en el Mercado Rodríguez. Piden su inmediata ayuda a fin reanudar trabajos*" (Documento 26334, Archivo General de la Nación, Ramo de Presidentes, 11 de abril de 1936, como se citó en Acevedo, 1997, p. 135).

En la segunda edición de la revista Frente a Frente, los artistas asociados a la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) expresaron su protesta al jefe del Departamento debido a la suspensión de las obras en el Mercado Abelardo L. Rodríguez por parte de Cosme Hinojosa. La LEAR argumentó que "los trabajos debían continuar, ya que de lo contrario se dejaría incompleta una obra concebida en relación a la totalidad de la superficie seleccionada y siguiendo un plan integral" (Frente a Frente, núm. 2, 5 de marzo de 1936 como se citó en Acevedo, 1997, p. 135).

Se desconocen las razones exactas por las que Cosme Hinojosa se negó a establecer un nuevo contrato para que los artistas completaran el proyecto. No obstante, podemos señalar que la radicalización ideológica del movimiento no fue bien recibida por los administradores. Los jóvenes muralistas se habían vuelto más radicales, y el gobierno no quería ver críticas plasmadas en los muros de un edificio público. Por otro lado, quedó claro que los caminos del movimiento muralista se diversificaron, y la lucha social se desplegó en diferentes frentes menos dependientes del patrocinio oficial, y más por vías de financiamiento privado (Acevedo, 1997, p. 135).

3. Estructura socioespacial del mercado Abelardo L. Rodríguez.

Este capítulo contiene un análisis cronológico de los cambios a nivel socioespacial y una descripción en específico del mercado Abelardo L. Rodríguez. Lo primero que realicé fue ubicar la historia ya contada, del perímetro de estudio para el cual se consideraron 2 km a la redonda del espacio que el mercado ocupa actualmente. Para esto me apoyé en una investigación realizada por el Mtro. Enrique Cervantes Sánchez acerca del desarrollo de la ciudad. La información se presenta a través de una línea del tiempo, de esta manera el contenido fue ordenado cronológicamente. Los hilos conductores fueron, la historia y la memoria, por ello, como segundo paso, se buscó ir tejiendo, los hechos identificados con las memorias que los locatarios relacionaban y significaban con los cambios en el espacio.

En la segunda parte se explica cómo fue el proceso que transitó el mercado después del sismo de 1985, como unidad económica insertada en un entorno que había cambiado por completo, y cómo se fueron adaptando los locatarios a dichos cambios. Para los datos históricos, me apoyé del Informe Especial de 2018 acerca del Crecimiento Urbano y derechos humanos en la Ciudad de México, elaborado por la Comisión de Derechos Humanos. Y, para la construcción de la memoria, se realizaron entrevistas formales e informales con los locatarios de al menos dos generaciones habitando el mercado, sus testimonios fueron plasmados en paralelo a los datos históricos. La constante en estas dos secciones, fue la existencia de una memoria colectiva del mercado, los eventos son recordados porque se comparten de manera grupal y se transmiten a través de narrativas, símbolos y diversas prácticas. El concepto fue utilizado según Maurice Halbwachs y fue fundamental para entender la manera en la que se preserva la historia y memoria del conjunto Abelardo L. Rodríguez.

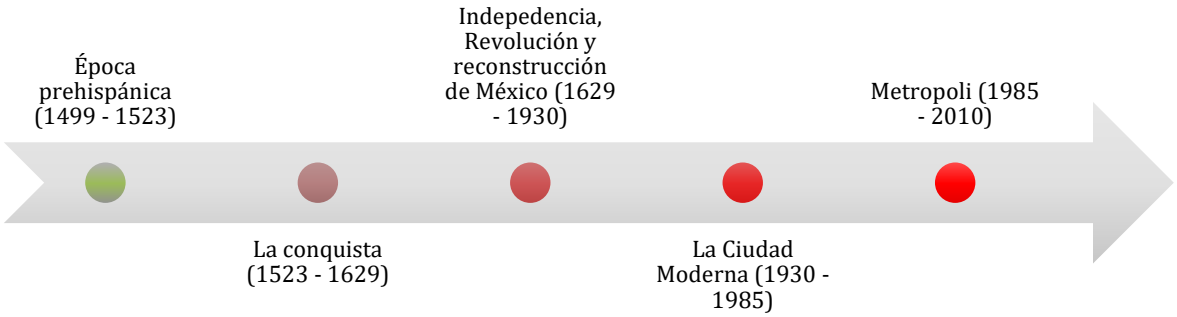
En la última parte se presenta una descripción socio-espacial del mercado para argumentar que los mercados públicos están sujetos a los cambios en su entorno y representar cuantitativamente los datos de dichos cambios. Por lo que, me ayudé de los

aportes realizados por la Dra. Angela Giglia en el *Estudio de Caracterización de la Oferta de los Mercados Públicos de la Ciudad de México* (2017), y en su libro, *Comercio, Consumo y Cultura en los Mercado Públicos de la Ciudad de México* (2018).

El mercado Abelardo L. Rodríguez no es inmune a los cambios de su entorno, sin embargo, su ritmo de transformación ha sido mucho más lento que sus alrededores. En este caso, la memoria colectiva ha influido en la disminución de los efectos, y a su vez, ha generado otro tipo de consecuencias, como la patrimonialización de la construcción, tema que se aborda en el capítulo cuatro.

Cambios poblacionales y transformaciones urbanas

Los cambios poblacionales guardan una fuerte relación con la historia urbana. Para ubicarlos en un contexto, realicé una descripción cronológica del proceso de construcción y reconstrucción de la ciudad. Para facilitar la documentación, autores como, Enrique Cervantes Sánchez han dividido la narración de la historia urbana en las siguientes etapas de cambio, cada una representada en un periodo (2013).



Primer periodo (1499 a1523)**:**

La ciudad que descubrió Cortés tenía una estructura ortogonal en cuatro grandes vías en forma de cruz, las cuales se conectaban hacia el poniente con Tacuba, al sur con Iztapalapa, al este con el Atracadero de canoas en el lago de Texcoco y al norte, mediante una bifurcación, con el cerro del Tepeyac y la población de Tacuba. La lógica divisional del espacio en cuatro barrios o calpullis también estructuraba la vida social, económica y religiosa del lugar. La ciudad de los lagos se fue modificó desde sus inicios por fenómenos naturales, primero fueron las inundaciones y después los sismos. En 1449 sucedió la primera gran inundación que cubrió la ciudad, los pobladores tomaron como solución, levantar el nivel del suelo entre dos o tres metros, lo cual significó una de las grandes transformaciones, que además abarcaba la ciudad completa (Sánchez, 2013, p. 2).

Segundo Periodo (1523 a 1629):

Retomando los momentos históricos del capítulo 2, recordamos que Alonso García Bravo, uno de los más destacados estudiosos y pionero en aplicar el urbanismo, se encargó de la traza urbana por encargo de Cortés. El trazo de García Bravo siguió las líneas de la ciudad de Tenochtitlán, tomando como ejes urbanos las calzadas existentes orientadas a los cuatro puntos cardinales. En el cruce del sector suroeste se localizó la plaza mayor, lugar donde se encontraba el mercado indígena. Frente a la plaza se ubicaba el antiguo palacio de Moctezuma, más tarde sería habitado por los diferentes Virreyes. A principios del siglo XVII, la Ciudad de México era la más importante de América, prácticamente los restos de la antigua Tenochtitlan habían desaparecido y se habían construido las Casas Reales, las del Cabildo, los portales de Mercaderes y de Senderos (Sánchez, 2013, p. 3).

Tercer periodo (1629 a 19309):

En 1629, el "Aguacero de San Mateo" arrasó con una intensa lluvia que inundó la ciudad con dos metros de agua, provocando destrucción, muerte y abandono. Un año después, se había iniciado la gran obra de desagüe en Nochistongo, que duraría ciento cincuenta años y finalmente dio salida a las aguas del río de Cuautitlán. Durante el siglo XVIII, la ciudad se constituyó como la más importante de los dominios españoles, ya que concentraba el comercio, la vida política y religiosa. En consecuencia, a finales del siglo XVIII, la ciudad tenía alumbrado público, red de atarjeas, pavimentos, baños públicos, fuentes de agua de uso común y vigilancia policial. Después de la Guerra de Independencia, en 1821, la ciudad se consolidó como el centro político, administrativo y económico de la naciente República Mexicana. En la primera mitad del siglo XIX, la población de la ciudad creció a 200,000 habitantes. El esquema espacial de la ciudad mantenía en el centro a las familias con mayores recursos, las clases medias y el clero, mientras que las clases populares se instalaron en la periferia (Sánchez, 2013, p. 4-5).

Sin embargo, es hasta la segunda mitad del mismo siglo que, el crecimiento demográfico aumentó considerablemente, la ciudad provocó la centralización de las actividades económicas, políticas, industriales y de comunicación. Por otro parte, la aplicación de las leyes de Desamortización de los bienes eclesiásticos en el año de 1856, provocó importantes transformaciones. Con el tiempo, la zona del centro se fue sobrepoblando y se identificó como una zona marginada para los grupos de indígenas y obreros. La ciudad del siglo XX fue el resultado de los proyectos materializados y los fenómenos naturales acontecidos a lo largo de cuatro siglos. A mediados de la segunda década del siglo XX, la Ciudad de México experimentó una significativa migración hacia la zona urbana, que comenzó a concentrar nuevamente la mayoría de sus actividades económicas, políticas y sociales del país (Sánchez, 2013, p. 6).

En el periodo porfirista, la ciudad aceleró su crecimiento, debido al desarrollo industrial, también se construyeron las estaciones de ferrocarril, el Colegio Militar, el rastro, la Penitenciaría de Lecumberri, el Hospital General y La Castañeda; el alumbrado se benefició utilizando energía eléctrica; se realizaron obras para traer más agua a Xochimilco y se inauguró el sistema de tranvías eléctricos. En 1910, la población de la ciudad había llegado a medio millón de habitantes y durante la revolución se

incrementó debido a la aparente seguridad que ofrecía la capital. En 1920 tenía 600,000 habitantes y en 1930 estuvo muy cerca de sobrepasar el millón. La superficie urbana se duplicó en los terrenos de relleno de los antiguos lagos. Las pequeñas poblaciones como Azcapotzalco, Tacuba, Tacubaya, Coyoacán y San Ángel se incorporaron a la ciudad (Sánchez, 2013, p. 7).

Cuarto periodo (1930-1985):

Después de 1930, el ritmo de crecimiento poblacional se aceleró alcanzando dieciocho millones de habitantes. La superficie urbana tuvo que expandirse para acomodar a los nuevos residentes, creciendo de 80 a 1,300 km. Este aumento demográfico fue causado por tres factores interrelacionados: la disminución de la mortalidad, el mantenimiento de altos niveles de natalidad y el crecimiento social, junto con la falta de trabajo en el campo. Todos estos factores contribuyeron a la rápida expansión territorial. A raíz de este crecimiento, los proyectos urbanos de la Ciudad de México se enfocaron en contener el aumento poblacional. En relación con la construcción del Abelardo L. Rodríguez, una de las intervenciones realizadas con estos fines fue la apertura de la calle República de Venezuela, lo que modificó para siempre el orden del barrio de San Sebastián (Sánchez, 2013, p. 8).

Entre 1950 y 1960, la expansión territorial hizo necesaria la descentralización de servicios, comercios y oficinas. Al mismo tiempo, la vida pública de la ciudad se vio afectada y modificada permanentemente. Grandes obras, como la construcción de vías rápidas, el Viaducto Piedad y parte del Anillo Periférico, prevalecen y continúan cumpliendo su función original. Otro ejemplo de proyecto que surgió en respuesta al creciente número de habitantes, y que aún continúa en operación, fue el establecimiento del sistema de transporte metropolitano METRO en 1967. El crecimiento del área urbana desplazó el centro comercial de la ciudad como único núcleo de abasto hacia centros comerciales periféricos como, San Ángel, Tacubaya y Azcapotzalco. El comercio informal encontró su forma de sobrevivir a los cambios, buscando cruceros y lugares de transbordo del transporte masivo (Sánchez, 2013, p. 10-11).

"En una plática con los pintores encargados de restaurar un mural me platicaron que en los años 80´s, el escenario era muy distinto, ya que se tenía controlado el ambulantaje hasta los años 90´s que el PRI empezó a dar ayudas y todo el centro se llenó de comercio informal" (Testimonio de restauradores que coincidieron en mi etapa de trabajo de campo).

Quinto periodo (1985 al 2010):

En 1988, con la llegada de Carlos Salinas de Gortari a la Presidencia de la República, el proyecto económico neoliberal se hizo cada vez más presente en el país y en el ámbito local. Manuel Camacho Solís encabezó el Distrito Federal de 1988 a 1993, seguido por Manuel Aguilera Gómez de 1993 a 1994. Durante esos años, se llevaron a cabo varias acciones para contener el proceso de urbanización (Marván, 1970-2000, p. 493, como se citó en Sánchez, p. 50). En 1987, se aprobó el Nuevo Programa Director del Distrito Federal y Zona Metropolitana de la Ciudad de México para controlar y ordenar el crecimiento urbano. Con esta estrategia, se zonificó el territorio de la capital en áreas urbanizables y de conservación. También, se establecieron zonas especiales de desarrollo controlado (Zedec) para regular el crecimiento en áreas con valor patrimonial, acordando con los pobladores sobre usos del suelo y densidades. Además, se promovieron inversiones en proyectos especiales y megaproyectos (CDHDF, 2018, p. 51).

El mercado después del sismo de 1985.

El 19 de septiembre de 1985, la Ciudad de México fue sacudida por un sismo de 7.8 grados en la escala de Richter. Los hechos resultantes tuvieron un impacto significativo en las políticas urbanas, el crecimiento de la ciudad y la vida social. Según cifras de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), el terremoto implicó 90,000 viviendas dañadas y afectó a cerca de 75,000 personas (Marván, 1970-2000, p. 513, como se citó en CDHDF, 2018, p. 49). En el contexto de emergencia, la estructura gubernamental mostró su incapacidad para hacer frente a la situación, y la mayoría de los esfuerzos de rescate se lograron gracias a la solidaridad de la sociedad civil. Posteriormente, se iniciaron varios movimientos e iniciativas para los damnificados de

las delegaciones centrales, las más afectadas. Uno de ellos, fue el Programa de Renovación Habitacional Popular, se dió con rapidez y su organización sigue siendo recordada (Marván, 1970-2000, p. 515-516, como se citó en CDHDF, 2018, p. 49).

El terremoto de 1985 tuvo un impacto significativo en la expansión urbana, la Ciudad de México creció hacia la periferia y cambió la concepción de su planificación. En 1987, se aprobó el Programa Director del Distrito Federal y Zona Metropolitana de la Ciudad de México, con el objetivo de controlar y ordenar el crecimiento y promover la democratización de su gestión. Además, en julio de 1987 se publicó un nuevo Reglamento de Construcción para el Distrito Federal, que reemplazó al de 1976 y consideró los efectos de resonancia del antiguo lago durante los sismos. Con estos nuevos elementos, se establecieron normas que exigían a los especialistas en ingeniería y construcción desarrollar tecnologías capaces de resistir cargas sísmicas mayores. Sin embargo, algunos autores subrayan que, a pesar de los esfuerzos, se descuidó la necesidad de aumentar los requisitos de resistencia en las zonas de alto riesgo (Conde González, 2018, p. 50).

La ciudad que habitamos es el resultado de una adaptación continua a los fenómenos naturales y a las necesidades de supervivencia. La zona donde se ubica el mercado Abelardo L. Rodríguez sufrió directamente las consecuencias del sismo en viviendas y edificios habitacionales. Como resultado, muchos de sus alrededores fueron incluidos en los diferentes programas de Renovación Habitacional. Aunque algunos residentes resistieron, la mayoría abandonó sus viviendas. La zona cambió de uso y el ambulantaje se apoderó de los pequeños negocios del barrio, así como de las viviendas vendidas y/o abandonadas, para convertirlas en bodegas o plazas comerciales.

El cambio poblacional de doble flujo, con la entrada de nuevos residentes y la salida de los anteriores, transformó la situación del mercado y de la vía pública debido a los múltiples flujos característicos de una zona de alta actividad comercial formal e informal. Los locatarios más antiguos y algunos negocios que aún se conservan coinciden en que, los hechos descritos fueron parte de las consecuencias del sismo de 1985. En mis conversaciones con ellos, la mayoría comentó que la estructura del

mercado sufrió daños mínimos, pero el problema principal estuvo en el entorno urbano, como a continuación sostienen:

- *El día del sismo de 1985, el señor José Luis se encontraba en la central de abastos, mencionó: - solo veía como se movían los racimos de plátanos, el mercado por su parte no sufrió grandes daños, está bien hecho, solo se rompieron los vidrios, por eso nos pusieron plástico, pero antes teníamos unos vitrales verdes que lucían mucho (actual locatario del mercado).*

- *Don Chava me relató cómo vivió el sismo del 85, fue uno de los únicos locatarios que se encontraba en el mercado a la hora del suceso, al igual que la señora de las hierbas, me platicó que todo se movía, pero solo se cayeron algunas cosas" (actual locatario del mercado).*

Don Armando platica de su experiencia en el sismo del 85.

- *Lo que nos llevó a la desgracia fue el temblor del 85 se llevaron familias a Xochimilco, Tlalpan, Azcapotzalco, La Villa, a la Aragón, ósea que se despobló y vecindades que ya no tenían dueño, les llaman intestadas, cuando entró el PRD, ellos sí empezaron a afectar, porque habían vendido los terrenos y los que han invertido muy fuerte fueron los coreanos, han hecho muchas plazas hermosas.*

- *Nos contó una anécdota de una señora que era su clienta y un día dejó de ir, cuando la señora regresó le contó que se había sacado la lotería, que los coreanos le habían ofrecido 400 mil pesos por su vivienda de renovación. También nos platicó que donde era el cine Acapulco, el dueño donó el lugar para los afectados del terremoto, se construyeron 16 edificios de renovación, para los afectados del temblor del 85 y los coreanos ofrecieron 1 millón de pesos por departamento para poder tener el terreno (actual locatario del mercado).*

- *El señor Don Ramón, un gran colaborador me proporcionó algunos documentos que ha rescatado siempre que tiene la oportunidad, entre ellos estaba el programa de la reinauguración del Teatro del pueblo, según el documento se encontraban presente el presidente Miguel de la Madrid. Después del sismo del 85 el gobierno de la Ciudad en colaboración con el Comité de Franco Mexicano se encargaron de la reconstrucción del Teatro del pueblo, en el acto inaugural participó el pianista francés Llerve Bitchant, la cantante mexicana Andrea Castaño y se instaló una exposición de Pablo O´Higgins (encargo actual de la biblioteca del mercado).*

Descripción socioespacial de la zona

Siguiendo a la Dra. Angela Giglia en su libro *Comercio, Consumo y Cultura en los Mercados Públicos de la Ciudad de México* (2018), el mercado público es una parte integral del espacio urbano, situado en lugares específicos y rodeado por elementos como calles, semáforos, transporte público, iglesias, negocios, plazas y, lo más importante, personas. Asimismo, la Dra. Giglia argumenta que los mercados están insertos de diferentes maneras en el tejido social y urbano, lo que implica que requieren, conservan y reproducen dinámicas espaciales y redes sociales de sus entornos más cercanos. Así, su prosperidad, estabilidad o dificultad están vinculadas tanto a fenómenos macroeconómicos de alcance general como a las condiciones particulares de su barrio (Giglia, 2018, p. 92).

Para lograr vincular el mercado con su tejido urbano, fue importante mencionar algunas de sus características, se ubica en una ciudad-metrópoli con una dinámica específica, la cual está sujeta a la distribución de la población, a los flujos de personas y a las posibilidades de trabajo y residencia (Aguilar y Mateos, 2011; Pérez y Santos (2010); Schteingart y Rubalcaba, 2012, como se citó en Giglia, 2018, p. 92). La mayoría de las oportunidades se concentran en la llamada ciudad central, al igual que el mercado Abelardo L. Rodríguez, se trata de un área que se distribuye entre la parte más céntrica de la ciudad y el polo de Santa Fe. Este perímetro siempre está activo, todos los días

vive flujos y contraflujos de millones de personas (Duhau y Giglia, 2008; Salazar-Sabrino, 2010; Coulomb, 2017, como se citó en Giglia, 2018, p. 92).

La alcaldía con mayor movimiento, es la Cuauhtémoc, de las más céntricas y pobladas de la ciudad, el Mercado Abelardo L. Rodríguez se encuentra dentro de ella. Según la investigación de ECOMP (Giglia, 2017), en las últimas décadas, la dinámica de la alcaldía ha expulsado a residentes y atraído a trabajadores, aunque en los últimos diez años ha comenzado a repoblarse. La disminución de la población residente se debe al encarecimiento del valor del suelo, el aumento en los precios de la vivienda y la creciente terciarización del territorio, lo que ha llenado de oficinas, restaurantes, escuelas, clínicas, centros comerciales y otros servicios y lugares para el consumo y el esparcimiento. Hoy en día, residen en esta demarcación aproximadamente medio millón de personas, lo que representa casi la mitad de la población que había hace veinte años. Sin embargo, esta alcaldía recibe diariamente una población flotante de más de un millón de personas que vienen a trabajar, comprar o realizar trámites en alguna oficina (Coulomb y Delgadillo, 2017, como se citó en Giglia, 2018, p. 93).

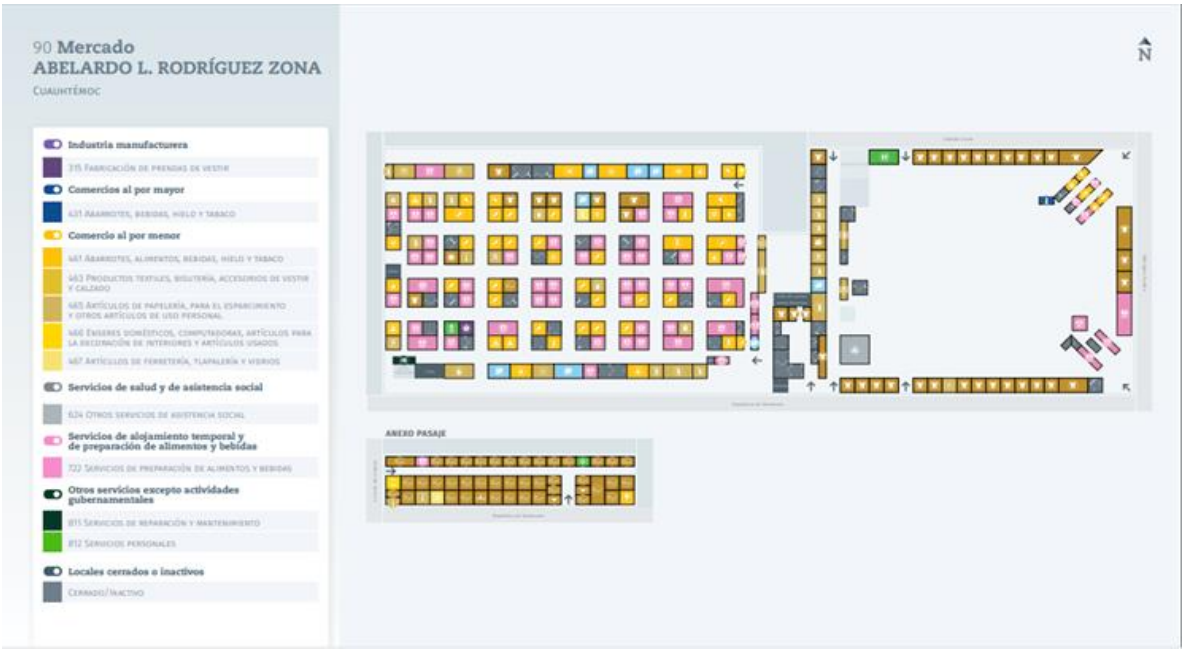
Las dinámicas de cualquier zona de la ciudad dependen en gran medida de la población que las visita y de las actividades y funciones económicas que desarrollan. La ciudad central se compone de una variedad de lugares y colonias que atraen a población de toda el área metropolitana, concentrando una gran heterogeneidad de actividades y un intenso flujo de personas. En los mercados dentro de este perímetro, se observan tendencias a competir y a formar modelos híbridos de comercio. Además, un elemento imborrable de la escena pública es la presencia del comercio informal alrededor de los mercados. Siguiendo con los datos del estudio de ECOMP (Giglia, 2017), las relaciones entre los locatarios y el comercio ambulante van más allá de la competencia, formando una compleja red de necesidad y codependencia (Giglia, 2018, p. 94-98).

El mercado Abelardo L. Rodríguez ocupa toda una manzana y su entorno es bastante complejo. Para entenderlo, me apoyé en los datos generados dentro del estudio ECOMP, el cual identificó los principales indicadores socioeconómicos de los mercados públicos de la Ciudad de México. En el caso del mercado Abelardo L. Rodríguez, se registraron 348 locales en total, distribuidos en un rectángulo grande y

otro muy pequeño, de los cuales solo 291 permanecen abiertos. Hay 115 locatarios hombres y 83 mujeres. Los días de operación son de lunes a domingo, con un horario al público de 9 am a 6:36 pm, aunque en los días de descarga varía la hora de apertura dependiendo de la mercancía.

Los principales giros del mercado se distribuyen en 76 locales dedicados a la venta de comida preparada, 75 para ropa, calzado y productos textiles, 37 de abarrotes, 29 para frutas y verduras, y 10 para carnes, pollo, pescados y mariscos. Los 59 locales restantes se dedican a diversos giros. Según los datos recopilados, el mercado Abelardo L. Rodríguez recibe 19,370 clientes a la semana, generando $1,480,324 en ventas. La comida preparada es el rubro con mayores ganancias, mientras que los locales de frutas y verduras apenas pueden vender su mercancía. Los locatarios comparten varias preocupaciones: la seguridad dentro y fuera del mercado, la falta de estacionamiento, la competencia de puestos con el mismo giro en la calle y la presencia de supermercados, que ofrecen mejores precios, ubicaciones más convenientes, accesos rápidos y aceptan diversas formas de pago. A continuación, se anexa un mapa elaborado con mucho esfuerzo por parte del estudio ECOMP (Giglia, 2017).

Mapa del mercado Abelardo L. Rodríguez por parte del Estudio de Caracterización de la Oferta de los Mercados de la Ciudad de México (Giglia, 2017).



En relación con los datos y la experiencia en campo, observamos que el mercado ha tenido que adaptarse incluyendo giros como estéticas, un café internet, venta de ropa y productos naturistas. Hubo un aumento considerable en el número de locales dedicados a la venta de comida preparada. Los vendedores de frutas y verduras disminuyeron porque no pueden vender por kilo, por lo que su estrategia ha sido cambiar la presentación de sus productos, ofreciendo ahora cócteles preparados o platos de verduras peladas y cortadas listas para cocinar. En cambio, las carnicerías, pollerías y abarrotes han disminuido, y las pocas que quedan se mantienen por el consumo entre los mismos locatarios. En otra parte del mercado, el pasaje de las mochilas conserva su giro, aunque con productos importados, y solo sobrevive un taller tradicional de talabartería de una de las familias más antiguas del mercado.

4. La patrimonialización del conjunto Abelardo L. Rodríguez

En este capítulo se analiza el proceso de patrimonialización del mercado Abelardo L. Rodríguez, y el papel que tuvo la memoria de los locatarios. Lo que me interesó conocer, es cómo funciona la relación de los locatarios con su espacio, tomando en cuenta que, debido a su durabilidad en la ciudad, es considerado un edificio digno de ser reconocido y protegido en su calidad de patrimonio. Para esto, me apoyé en el concepto de habitar de la Dra. Angela Giglia (2012) y en una compilación realizada por Adriana Aguayo y Antonio Zirión acerca de las reflexiones y escritos que la Dra. Giglia realizó en vida, de la Ciudad de México (2022).

La segunda parte, se centra en definir el concepto de patrimonio y explicar cómo ha sido su aplicación en la Ciudad de México. Con esto, se explica una parte del proceso de patrimonialización del mercado Abelardo L. Rodríguez, y cómo está condición del inmueble le añadía un nivel de dificultad a la gestión principalmente del mercado, sin embargo, otras secciones, como la biblioteca, el teatro y el patio cívico, también fueron resentidos. Está idea se sustenta con Víctor Delgadillo en Patrimonio Urbano de la Ciudad de México: Una herencia disputada (2016).

En la última parte, se plantea la tensión de historia y memoria en el conjunto Abelardo dando a conocer cómo intervienen los individuos y el edificio para construirlas. El vínculo que tienen los locatarios con su espacio se une con las memorias que comparten. Me interesó conocer el papel de la memoria colectiva en la patrimonialización del inmueble. Por lo que me apoyé principalmente en Los trabajos de la memoria de Elizabeth Jelin (2012), y de forma secundaria en El orden de la memoria: el tiempo como imaginario de Le Goff (1991) y La memoria colectiva de Halbwaks (2004). La construcción de la memoria en este recinto tiene particularidad, intervienen diversos agentes sociales, debido a los diferentes usos que tiene el lugar, es decir, la misma zona está dividida en muchas cosas, por tanto, la apropiación y relación

que tienen con el edificio, también es de diversas formas; en este apartado se escucharon esas voces que construyen la memoria del conjunto.

Para analizar la relación de los usuarios con el espacio en tanto patrimonio, y cómo interviene la memoria en dicha interacción, partí del concepto de habitar, propuesto por la Dra. Angela Gliglia, el cual se refiere a la relación de los seres humanos con su entorno y conlleva procesos de orientación, percepción, apropiación y significación del espacio que son posibles gracias a la cultura (Aguayo & Zirión, 2022, p. 41). El habitar es una capacidad en nosotros que se activa, como mecanismo de supervivencia, porque es la manera en la que nos apropiamos del entorno, lo cargamos de significado, nos orientamos en él y con él, es decir, cuando habitamos, estamos domesticando el espacio.

El concepto de habitar se ocupa de la relación que se crea entre el espacio y las personas, por tanto, es mediada por la cultura. En el caso del Mercado Abelardo Rodríguez, un complejo diseñado para integrar varias funciones en un mismo espacio con el objetivo de cubrir las necesidades de los locatarios; el edificio incluía una escuela, una guardería e incluso un teatro. Esta integración tiene como propósito que los locatarios pasaran el mayor tiempo posible en el mercado, prestando sus servicios sin ser perturbados por su "otra vida", porque ya había sido incorporada a sus lugares de trabajo. Si lo pensamos a detalle, el proyecto arquitectónico no solo diseñaba un espacio físico, sino también una propuesta de habitarlo. Estas evidencias explican por qué la definición de habitar debe basarse en la noción de presencia en un lugar, es decir, el saberse y hacerse presente, tanto para uno mismo como para los otros.

Para la Dra. Giglia, "el habitar como el conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse dentro de un orden espacio-temporal, al mismo tiempo reconociéndolo en tanto orden colectivo y estableciéndose en tanto orden individual" (Giglia, 2009, p. 221-241). Para habitar el mercado hace falta establecer en él un conjunto de gestos y de significados, de prácticas y de usos que nos permitan ser localizables, en este proceso se logra una conquista del espacio, en consecuencia, los locatarios se han ido apropiando, cada uno a su manera de su local, de los murales, del

mercado, del teatro, de las escuelas, y no solo se apropian al proveer de significado, también resignifican y generan una memoria del lugar.

Patrimonialización en la Ciudad de México.

En el siglo XX, el patrimonio cultural se consolidó como una noción social importante. La UNESCO, en 1972, aprobó la Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural, estableciendo políticas internacionales para la conservación y promoción de lugares emblemáticos. Siguiendo con la categoría oficial de UNESCO, la categoría oficial de patrimonio cultural se divide en dos tipos, patrimonio cultural material (tangible) y patrimonio cultural inmaterial (intangible). Por otra parte, autores como Víctor Delgadillo, propone una idea de patrimonio urbano que apunta, al conjunto de edificios, plazas, calles, centros históricos o ciudades enteras pertenecientes a un tiempo pasado; estos espacios necesitan ser reconocidos por gobiernos, élites y la sociedad, en función de diversos atributos y valores colectivos asignados a ellos como históricos, estéticos, simbólicos, sociales y artísticos (Delgadillo, 2016, p. 25).

Sin embargo, Delgadillo argumenta que su concepción no obedece a la división anterior, el patrimonio urbano incluye el contenido simbólico y material, así como son construcciones materiales, también son construcciones sociales. Al separarlos, se corre el riesgo de invisibilizar uno de los tres elementos (tejidos urbanos, edificios y valores sociales asociados a ellos) que custodian, conservan y reproducen la herencia colectiva de la Ciudad de México. La relación entre patrimonio cultural y patrimonio urbano radica en que lo urbano se expresa como un producto cultural, mientras que lo cultural también tiene una dimensión urbana, especialmente considerando que la mayor parte de la población mundial vive en ciudades. Con esta concepción, para esta investigación tomaremos ambas categorías como interrelacionadas, ya que comparten campo y objeto. Es decir, lo urbano se materializa en la cultura, y lo cultural necesita de un espacio para su reproducción, que en este contexto corresponde al ámbito urbano.

Uno de los principales problemas es el proceso de selección de edificios y manifestaciones culturales para obtener la categoría de patrimonio. Este proceso es una construcción social, que involucra a diversos actores en el poder para elegir los inmuebles y barrios más "valiosos" y validar sus atributos históricos, artísticos y otros valores colectivos. El patrimonio urbano remite al pasado y expresa elementos de la cultura mexicana. Sin embargo, estos lugares enfrentan problemas debido a los complejos tejidos urbanos que los componen, incluyendo inmuebles utilizados o abandonados, edificios con distintos usos, diferentes tipos de propiedad, regímenes de tenencia, edades y estados físicos variados.

El patrimonio se divide en dos categorías, patrimonio inmueble y patrimonio mueble. El patrimonio mueble se refiere a todos aquellos bienes que pueden ser trasladados de un lugar a otro sin alterar su esencia. Estos bienes son tangibles y pueden ser movidos física y fácilmente. Por otra parte, el patrimonio inmueble incluye todos aquellos bienes que no pueden ser trasladados sin destruir o alterar su naturaleza. Estos bienes están integrados de forma permanente al terreno o a una estructura, como edificios y monumentos históricos.

La Ciudad de México se entiende como un territorio que contiene y acumula tiempo, por esto, está conformada de diversos niveles históricos de diferente temporalidad. Los edificios y barrios antiguos concentran emblemáticamente la historia de la ciudad y de la sociedad que la creó. La mayoría de los monumentos patrimonializados se construyeron con un fin utilitario y simbólico para demostrar el poder religioso, dinástico, gremial y económico de la época; y una función pública o privada a desarrollar. Aunque el destino y la función de estos se haya transformado con el tiempo, la razón de su patrimonialización empieza con la memoria de su primer fin utilitario y simbólico, así como de su construcción.

La patrimonialización se refiere a las relaciones que los pueblos y sus élites establecen con su pasado. La historia se entrelaza con barrios, edificios y monumentos, incrementándose con cada nuevo gobernante. No obstante, no todos estos elementos cumplen la función de herencia histórica. Se seleccionan ciertos edificios y barrios a los

que se les asignan nuevos significados para construir o fortalecer la identidad nacional. Muchos países postcoloniales, tras su independencia, crearon una herencia nacional, patrimonializando partes del entorno construido (áreas urbanas percibidas como históricas, distintivas, autóctonas u originarias) y desarrollando una nueva percepción sobre esos lugares (Delgadillo, 2016, p. 29).

En la era del neoliberalismo, fenómenos como la globalización, la desindustrialización y la serialización de la economía de muchas ciudades han incrementado el patrimonio cultural oficialmente reconocido, la proliferación de industrias culturales y el turismo urbano. En el siglo XXI, la recuperación, conservación y aprovechamiento del patrimonio cultural urbano se han convertido en paradigmas de las políticas públicas. Los gobiernos actuales enfocan sus estrategias de desarrollo urbano en el patrimonio cultural para alcanzar objetivos sociales y económicos. Según Bourdieu, el patrimonio cultural es un capital social y económico, y cada individuo usa diferentes tipos de capital para su movilidad social. Sin embargo, es necesario adaptar el patrimonio al contexto histórico actual. El desafío es integrar estos sitios singulares en el desarrollo urbano, social y económico de manera innovadora.

Políticas públicas y la gestión del patrimonio en la Ciudad de México.

Las políticas culturales para la gestión del patrimonio se enfocan en dos objetivos concretos: protección y conservación. Aunque, en su aplicación se refleje lo contrario, ya que, están en función de los intereses de los grupos en el poder. Cambiar esta situación requiere pensar en que los conceptos de autenticidad y conservación del tejido urbano implican procesos dinámicos y sociales. La conservación urbana es un compromiso y adaptación continua; el patrimonio urbano es una construcción constante de cultura y un proceso cíclico. Cada cultura pertenece a su época, y su conservación y reproducción dependen de su adaptación a las siguientes apariciones culturales. El patrimonio urbano se convierte en un lugar de memoria que preserva las huellas de las culturas como un fósil, y para conservarse en el tiempo necesita gestionar la continuidad y el cambio.

Siguiendo con Víctor Delgadillo, la ciudad se constituye de un cambiante equilibrio entre pasado y presente. La vida de la ciudad es cíclica, sin embargo, en cada nueva vuelta, se retiene selectivamente parte de la anterior. Por eso, cuando recorremos las calles de esta ciudad, observamos empalmes de tiempos, superpuestos como capas. A lo largo de la historia urbana de la Ciudad de México, la decisión de qué conservar y qué no, ha recaído en diversas personas, además de estar sujeta a las circunstancias ambientales. Para esto, Delgadillo nos presenta un esquema de lo que se debate en cada nuevo ciclo de la ciudad, de un lado tiene la herencia edificada y las nuevas funciones económicas y sociales que demandan la adaptación de la ciudad construida o su definitiva sustitución; y del otro lado, la acumulación de pasado y las cambiantes necesidades del presente, que se convertirán en pasado. La ciudad se ha construido con esta contradicción histórica, haciendo frente mediante procesos de modernización, renovación, marginación o conservación urbana, lo que ha costado la pérdida de patrimonio histórico edificado (Delgadillo, 2016, p. 42).

El análisis propuesto por Víctor Delgadillo acerca de la gestión del patrimonio cultural parte de la idea de plantearla como una tarea multidisciplinaria que requiere de los sectores público, privado y social, liderazgo del sector público y una amplia gama de políticas sociales y económicas, integrales e integradoras. Desde este enfoque se reconocen cuatro puntos:

1. La salvaguarda del patrimonio urbano no es cuestión sólo de expertos y del gobierno;

2. La salvaguarda y aprovechamiento del patrimonio urbano requiere de políticas sociales y económicas, y no sólo de acciones físicas de restauración de inmuebles y mejoramiento del espacio público;

3. Todo bien patrimonial es susceptible de amenazas a sus valores y atributos, y es mejor una respuesta planificada que coyuntural;

4. El patrimonio cultural tiene diferentes significados para los diversos actores sociales y es parte de la compleja red social y económica del lugar donde se inserta. Así que es mejor hablar de la gestión de ciudades habitadas y vivas, que de la conservación de ciudades históricas y estáticas.

En este sentido, la gestión del patrimonio urbano de la ciudad depende principalmente de tres agentes, la UNESCO, gobierno federal, y el INAH. Desde una mirada positiva lo que se proponía era una gestión democrática del patrimonio, la idea contaba con bases sólidas; sin embargo, no tenía un marco legal actualizado que estableciera las normas del juego y el papel que cada uno de los actores desempeña en el proceso. En consecuencia, la cultura del habitante común toma agencia por su percepción, valoración y relación con el bien patrimonial. Pues en la medida en que la población se apropia del patrimonio edilicio éste se puede defender mejor (Delgadillo, 2016, p. 47).

Entre los agentes involucrados en la gestión del patrimonio, la UNESCO destaca como la entidad más influyente. La Convención de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, celebrada en 1972 con la participación de más de 180 países, estableció la popular Lista del Patrimonio Mundial. Esta lista clasifica los inmuebles en aquellos que pueden ser considerados patrimonio y los que no, lo cual ha generado una mayor conciencia y una moda por la selección del patrimonio cultural y natural. Sin embargo, este proceso puede ser engañoso, ya que se guía por criterios de evaluación validados por la misma UNESCO, creando un molde muy rígido sobre lo que puede ser considerado patrimonio. Por ello, Delgadillo argumenta que la Convención de la UNESCO contribuye a la mercantilización del patrimonio cultural, a través de lo que ella califica como distintivo, auténtico, universal y único, según se alcancen estos criterios se puede ser o no (Delgadillo, 2016, p. 36).

El gobierno de la Ciudad de México en su escala local y federal es la segunda figura que interviene en la gestión y administración del patrimonio con la creación de la Ley Federal de Monumentos y Zonas de Monumentos Arqueológicos, Históricos y Artísticos, que reconoce legalmente a seis Zonas federales de Monumentos Históricos de la Ciudad:

1. Zona de Monumentos Históricos del Centro Histórico de la Ciudad de México, decretada el 30/04/1980.

2. Zona de Monumentos Históricos de Xochimilco, Tláhuac y Milpa Alta, decretada el 04/12/1986.
3. Zona de Monumentos Históricos de Tlalpan, decretada el 05/12/1986.
4. Zona de Monumentos Históricos de Azcapotzalco, decretada el 09/12/1986.
5. Zona de Monumentos Históricos de Villa Álvaro Obregón, decretada el 11/12/1986.
6. Zona de Monumentos Históricos de Coyoacán, decretada el 20/12/1990.

Por su parte, el Gobierno de la Ciudad de México reconoce una gran diversidad y tipología de patrimonio urbano a través de los siguientes instrumentos jurídicos:

- La Ley de Desarrollo Urbano del Distrito Federal, desde 1996 y sus sucesivas reformas, incluye la figura de Áreas de Conservación Patrimonial para la protección de diversos tipos de patrimonio urbano.
- El Programa General de Desarrollo Urbano del Distrito Federal vigente reconoce ocho zonas arqueológicas, seis zonas históricas, 3,298 monumentos históricos, ocho mil inmuebles con valor artístico y 180 sitios con valor patrimonial (ALDF, 2003: 49). Aquí hay 2 ejes patrimoniales de carácter escultórico (Ruta de la Amistad y Acueducto de Guadalupe), 5 centros históricos, catorce equipamientos (conjuntos arquitectónicos del siglo XX), así como parte de 18 pueblos rurales, 46 pueblos urbanos, 33 Barrios históricos, y 39 colonias modernas. Cuatro sitios son Patrimonio Cultural de la Humanidad: el Centro Histórico, las chinampas de Xochimilco, la Casa de Luis Barragán y la Ciudad Universitaria (Delgadillo, 2016, p. 38).
- La Ley de Salvaguarda del Patrimonio Urbanístico Arquitectónico del Distrito Federal, del 30/12/1999, reformada el 20/09/2001, reconoce como patrimonio urbano a :

1) Zonas de Patrimonio Urbanístico Arquitectónico: centros históricos, barrios antiguos y colonias. Aquí aparecen las colonias: Juárez, Santa María la Ribera, Roma, Hipódromo, Condesa, Pedregal y Las Lomas; y los Centros Históricos de Santa Fe, Cuajimalpa, Mixcoac, Tacubaya, San Bartolo Ameyalco, Santa Rosa Xochiac y Mexicalzingo.
2) Espacios abiertos monumentales: acequias, atrios, calles con "tradición histórica", canales, chinampas, deportivos al aire libre, huertos, jardines botánicos, jardines públicos, panteones, parques urbanos, zoológicos, paseos, plazas y viveros.
3) Monumentos urbanísticos: individuos vegetales y árboles, así como las esculturas ornamentales y conmemorativas, y el mobiliario urbano.

Hay un tercer involucrado en esta tarea, el Instituto Nacional de Historia y Antropología (INAH), este organismo funciona a través del poder que tiene el gobierno en gestión en sus diferentes escalas, nació en 1939 con la función de garantizar la investigación, definiciones técnicas, protección y difusión del patrimonio prehistórico, arqueológico, antropológico, histórico y paleontológico de México. La UNESCO, el gobierno en poder y el INAH son los tres elementos que en conjunto tienen la facultad de otorgar la categoría de patrimonio (cultural, urbano, histórico). En algunos casos se puede dar que se involucren otras dependencias de diferentes sectores, sin embargo, las de mayor peso en su jurisdicción siempre serán las últimas tres mencionadas.

Patrimonio y memoria en el conjunto Abelardo L. Rodríguez.

En mi trabajo de campo, dos realidades que representaron un desafío desde el comienzo fueron, que el conjunto Abelardo L. Rodríguez es un bien patrimonial, y además concentra diversos usos distribuidos al interior de sus diferentes espacios. Es

la expresión de muchos tiempos contenidos en un solo complejo, desde el origen de su construcción base hasta la actualidad ha sido el envolvente de gran cantidad de información. Con esto, surge el interés en las memorias que se construyen para que el mercado permanezca por tantos años. Debido a las múltiples funciones que tiene el lugar también se plantean las diferentes formas de apropiación que ha tenido el espacio. Por ello, propongo partir en pensar que la memoria se ha construido desde cada una de las diferentes funciones que tiene el lugar.

Siguiendo la propuesta de Elizabeth Jelin, las memorias son procesos subjetivos e intersubjetivos y para permanecer necesitan de anclajes materiales, simbólicos y de marcos institucionales. Las "marcas" de la memoria necesitan siempre de la intervención humana, a través de la experiencia individual se hace un registro, pero lo que envuelve la escena, muchas veces es lo que detona que se recuerde cierta situación. En este sentido, es importante reconocer el carácter construido y cambiante de los sentidos del pasado, de los silencios y olvidos históricos (Jelin, 2012, p. 25).

Para el dilema entre lo individual y lo social, Halbwachs (2004) tiene un punto clave en su pensamiento: la noción de marco o cuadro social. Las memorias individuales están siempre enmarcadas socialmente, estos marcos representan las necesidades y valores de una sociedad. Halbwachs argumenta que el proceso de recordar, es posible si se recupera la posición de los acontecimientos pasados dentro de los marcos de la memoria colectiva. Esta idea explica, que la memoria se activa cuando ubicamos nuestros recuerdos en los colectivos, y que, cada memoria individual o colectiva está siempre enmarcada socialmente, pensemos en todas las relaciones que se tienen que dar entre el individuo y su sociedad para que surja el recuerdo. Todo esto demuestra que lo social está hasta lo que se supone lo más individual, ya que, construimos memorias siempre acompañados (Halbwachs, 1992, p. 172, como se citó en Jelin, 2012, p. 54).

Entonces, según Jelin, si los marcos son históricos y cambiantes, toda memoria es más una reconstrucción que un recuerdo; y lo que no encuentra lugar o sentido en ese cuadro, es material para el olvido. Por tanto, puedo entender, la memoria como una

herramienta para la reproducción cultural; con esto, la elaboración de recuerdos podría colocarse como una práctica social.

En el caso del mercado Abelardo, me fue más funcional pensar en lo colectivo de las memorias, que, en memoria colectiva, ya que lo colectivo de las memorias, se refiere al entretejido de tradiciones y memorias individuales, en diálogo con otros. Esta idea se adapta a la diversidad de memorias que representa el conjunto Abelardo L. Rodríguez, el espacio se divide en dos secundarias públicas, un teatro, una biblioteca, el mercado tradicional, el pasaje de las mochilas, una guardería, un centro de integración juvenil, también contaba un espacio de ensayos artísticos y hubo una galería; para contextualizarnos temporalmente, hablamos de un edificio que se construye en 1612, y en 1934 se transforma en un mercado, pensado desde un inicio para ofrecer todas las funciones mencionadas.

La historia según Jaques Le Goff es la forma científica de la memoria colectiva y es expresada, registrada y archivada en dos materiales, los documentos, debido a la objetividad que posee su forma de representar la información, testimonios escritos; y, los monumentos por su capacidad de interpretar y perpetuar el recuerdo, sin embargo, estos dependen de la decisión de una sociedad en conservar, o no ciertos espacios y remitirlos como un testimonio. Por tanto, lo que sobrevive no es un pasado exacto ni completo, sino una elección construida con el tiempo y los responsables en la historia. En el caso del mercado Abelardo L. Rodríguez, la memoria colectiva lo convierte en un lugar que la representa, como documento por toda la base de datos existentes que remiten a su historia, y como monumento por el valor de la edificación, además de la memoria oral de los locatarios (Le Goff, 1991, p. 227-228).

En esta investigación, las memorias de los locatarios que se obtuvieron en relación a la historia del mercado Abelardo son evocaciones del pasado traídas al presente, en todo lo que fue mi periodo de campo estuve haciendo algunas preguntas muy generales relacionadas con los datos que había obtenido, los resultados fueron que la mayoría de los entrevistados tienen una idea general de la historia del conjunto, incluso me ofrecieron datos más particulares de éste. El objetivo de reconstruir parte de lo olvidado del conjunto, implicó dos caminos, en primer lugar, usar la memoria

como recurso para la investigación, en el proceso de obtener y construir "datos" sobre el pasado; y en segundo lugar, explorar el papel que la investigación histórica puede tener para "corregir" memorias equivocadas o falsas; finalmente, la memoria como objeto de estudio o de investigación (Jelin, 2012, p. 94).

Las memorias para esta investigación se reconstruyen continuamente, por tanto, he utilizado la memoria como recurso para obtener y construir datos con el fin de registrar una memoria del conjunto. A continuación, algunos testimonios mezclados con mi narración, los cuales fueron clave para armar la pieza final. Cada uno de los colaboradores fue nombrado como previamente se había consultado.

- *Según lo que me contó, lleva tres años como guardia del mercado, le tocó la administración de Paulino y de Genoveva, la cual había durado muy poco, después llegó el coronel junto con Ricardo, igual que la maestra me comentó que son aves de paso. Todo su semblante cambió cuando empezamos hablar de su familia, llegó a la ciudad hace 18 años con su mujer e hijos, actualmente tiene 6 nietos. Su jornada de trabajo es de 12 hrs, normalmente entra a las 8 am y sale hasta las 8pm, si bien le va estará llegando a su casa a las 9:30 pm, pero si le toca mucho tráfico para salir de la ciudad a veces llega hasta las 11 pm (memorias del guardia del mercado Abelardo)*

- *Según lo que platicamos, el mercado fue muy próspero, sin embargo, después del despoblamiento de viviendas que tuvo el centro histórico y la intensificación de los informales, las ventas de los locatarios empezaron a bajar, - "ahora solo pasa gente que busca comida, ya nadie me compra por kilo, a veces hay turistas por los recorridos, pero también solo buscan comida, por eso vendo cocteles preparados" (Sr. José Luis, locatario del mercado).*

- *Carlos tiene 9 hermanos, mencionó que los hombres fueron los únicos que se dedicaron al negocio familiar. Entre los tíos, primos e hijos llegaron a tener*

varios puestos, con el tiempo los han ido vendiendo, él es el único que continúa en el taller. Me contó de cuando iba de niño al mercado, en el pasaje había más giros, la calle del Carmen tenía un montón de puestos, me explicó que tuvieron que incorporar la venta de productos importados por la llegada de los chinos que abarató los costos y para no quedarse estancados en el tiempo, tenían que ir con la demanda. Cuando abrieron Venezuela los quitaron y la economía se recuperó un poco, porque la gente se empezó a interesar por el Sandino (Carlos, locatario del pasaje de las mochilas).

- *El papá de Carmen fue el fundador del pasaje, cuando estaba niña vivió en una vecindad a un costado del Sandino, la demolieron y construyeron la escuela, en esa vecindad su mamá tenía una accesoria, cuando la destruyeron el ayuntamiento les dio a elegir entre una casa en Aragón o un puesto en el Sandino. En ese entonces, el papa de Jesús, su esposo tenía una carnicería en el pasaje, Carmen y Jesús de casaron formaron una alianza de parentesco con el tiempo se crecieron como familia y se hicieron de 4 puestos, fueron distribuidores de almacenes grandes, me contaron que venía gente desde Tijuana y Yucatán a surtirse, dejaron de fabricar, pero parece que les va bien con lo importado (Carmen Ayala, locataria del pasaje de las mochilas).*

- *En 1932 cuando empezaron aquí las obras estaba de regente Aron Sáenz, -"cuenta la leyenda del mercado que sacaron del mercado más de 40 barriles de oro y se las agenció el señor Aron Sáenz y Abelardo Lujan" (Don Armando, locatario del mercado).- En 1934 le pidieron a Diego Rivera que, si podía pintar el mercado, él estaba ocupado porque estaba pitando en la Secretaría de Educación Pública y mandó a sus alumnos más destacados a los que tenían 10. Sin embargo, decían que era pretexto, porque venía hasta 6 veces al día, la razón, según cuentan, era porque venía a ver a una Yucateca que se encontraba por el pasaje Sandino, era muy amiga del señor Diego Rivera (Don Armando, locatario del mercado).*

Para poder entender la relación entre historia y memoria, Elizabeth Jelin propone, el "historizar las memorias", como estudio histórico de las memorias. Por obviedad se entiende que, se refieren a tiempos pasados; sin embargo, cada vez que hacemos el esfuerzo de una evocación, lo estamos haciendo desde el presente, en este proceso de construcción sucede la resignificación. La significación de los acontecimientos del pasado no se establece de una vez para siempre, para mantenerse constante e inmutable necesita de su movilización en los individuos y la colectividad, el ejercicio del recuerdo se expresa en prácticas sociales.

La relevancia de un acontecimiento y el paso del tiempo cronológico, no funcionan bajo una lógica lineal en la medida que está la amenaza del olvido; al final, si se deja de evocar será reemplazado por eventos más cercanos y que, en el imaginario colectivo parecen de mayor impacto que los pasados. Por tanto, la dinámica histórica de la memoria requiere ser problematizada y estudiada, algunos elementos que pueden ayudar a explicar los puntos ciegos de la memoria serían: la ubicación social de los diversos actores y sus sensibilidades, la conformación del escenario político en el que están insertos, y las luchas de sentido en las que están embarcados (Jelin, 2012, p. 99).

Cabe mencionar que a pesar de lo mucho que tengan en común la historia y la memoria mantienen sus diferencias. Mientras, la memoria funciona como un estímulo para la elaboración de la agenda de la investigación histórica, la historia permite cuestionar y probar críticamente los contenidos de las memorias, esto ayuda en la tarea de narrar y transmitir memorias críticamente establecidas y probadas. Por tanto, la historia y la memoria construyen información con procesos distintos. En este sentido, cuando la memoria se convierte en objeto de estudio y establece relación con la historia queda objetivada como hecho histórico. Sin embargo, "El hecho histórico más relevante, que el propio acontecimiento en sí, es la memoria", escribe Portelli como frase final en su trabajo de indagación sobre las memorias de la muerte de Luigi Trastulli (Portelli, 1989, como se citó en Jelin, 2012, p.104).

Con esto se demuestra que, la historia "dura", fáctica, de los eventos y acontecimientos que "realmente" existieron se convierte en un material imprescindible, aunque no suficiente para comprender las maneras en que sujetos sociales construyen

sus memorias, sus narrativas y sus interpretaciones de esos mismos hechos. Desde una perspectiva como esta, ni la historia se diluye en la memoria, ni la memoria debe ser descartada como dato por su volatilidad o falta de "objetividad". En la tensión entre una y otra es donde se plantean las preguntas más sugerentes, creativas y productivas para la indagación y la reflexión (Jelin, 2012, p. 107).

Este trabajo tuvo dos caminos, por un lado, se hizo una investigación dura sobre la historia del mercado, y de forma paralela realizó entrevistas y diálogos informales con locatarios. En este proceso me dejaron conocer la intimidad del mercado, cada hora con ellos fue memorable. En este caso la mayoría de las fuentes fueron voces presentes, memorias orales que al igual que el primer camino remiten al pasado desde un presente. De este modo, la historia se construye con ayuda de elementos propios de las memorias, a su vez, estos se vuelven relevantes al yuxtaponerse con la historia dura. En esas contraposiciones de memoria e historia entendí de dónde viene la fuerza de permanencia del espacio y la posibilidad de construir una historia de memorias más apegada a la realidad por la cercanía a los hechos de sus fuentes.

Es de suma importancia, mirar el mercado como un lugar que representa un momento en la historia, ya que conjuga diferentes hechos históricos de los años treinta de nuestro país, lo que dió lugar al proceso de patrimonialización que le otorga una categoría legal, y a la vez permite la revalorización del espacio.

5. Conclusión.

El surgimiento del gran proyecto del conjunto Abelardo L. Rodríguez está inserto en un tiempo y espacio muy particular de la Ciudad de México, donde el gobierno y la sociedad civil construían una identidad nacional, idealizando un futuro moderno. La prueba más tangible son las narrativas que contienen los murales del recinto, los frescos muestran los sueños y luchas de la época, la forma en que imaginaron y simbolizaron los ideales del futuro que se proyectaban como fruto de la revolución mexicana. La decisión de construir el mercado surge oficialmente por tres razones, reubicar el comercio ambulante que rodeaba la zona para mejorar las condiciones de higiene y descongestionar el tráfico generado. En segundo lugar, atender la demanda de abastecimiento debido al crecimiento población que tenía la Ciudad. Y, por último, dentro de los cambios políticos y económicos del país, los mercados públicos, además de cubrir la necesidad de abastecimiento, fueron pensados para ayudar en la captación de impuestos por parte del entonces Departamento Central del Distrito Federal.

A partir de los años treinta, el crecimiento urbano de la Ciudad de México se pronunció a través de tres momentos, el primero se caracterizó por una la estabilidad económica, impulsada del proceso de industrialización y una fuerte participación del Estado, además de la masificación migratoria de la población de zonas rurales a zonas urbanas. El segundo momento fue enfocado a la desconcentración de la industria fuera de la Ciudad de México, lo que causó la expansión de la zona metropolitana. El tercer momento se identificó por el esfuerzo de articulación normativa e institucional en la planeación urbana y la gestión de proyectos, entre ellos los de movilidad, como la creación de los ejes viales a costa de la pérdida de áreas verdes.

Los cambios poblacionales fueron la causa primera para explicar lo que ha sucedido con el mercado, tanto como unidad económica y como un conjunto que alberga más funciones. En 1940, apenas unos años después de su inauguración, debido a la centralización del comercio y el nacimiento de otras colonias con mejores condiciones de vivienda, la mayor parte de la clase adinerada de la Ciudad, abandonó el centro histórico. Para la zona, esto representó un cambio abrupto de residentes y de usos de los espacios. A pesar de los intentos por mejorar la urbanidad, el vaivén de inquilinos y el ambulantaje no pudieron mantenerse dentro de los parámetros de control, lo que fue aumentando la inseguridad de la zona y el descontento en los alrededores del mercado.

Después del sismo de 1985, sucedió otro gran cambio poblacional, el centro histórico se despobló aún más, con el tiempo el uso habitacional prácticamente se perdió. Muchos

de estos edificios fueron reconstruidos para convertirse en plazas comerciales de productos importados y otros se reciclaron en bodegas de la fayuca o en plazas. Dentro del mercado, los daños fueron mínimos, tanto la estructura física, como los locatarios no fueron afectados de manera directa, sin embargo, lo que se sufrió al exterior del recinto, si perjudicó al mercado y a sus locatarios.

La causa secundaria que explica la transformación en el mercado, es la influencia de las dinámicas urbanas, ya que, su supervivencia está sujeta en gran medida a lo que pasa en el exterior, por ello, se ve obligado a cambiar con él. El entorno del mercado como cualquier otro espacio de la Ciudad funciona bajo un orden urbano, lo que se refiere al conjunto de normas y reglas que interiorizamos para saber conocer los códigos de comportamiento de cada espacio en la Ciudad. En el caso del mercado Abelardo L. Rodríguez sucedió, que los cambios generados al exterior, se desarrollan a un ritmo más acelerado, que dentro del mercado. Por eso, parece ser que el conjunto con sus habitantes vive en su propia temporalidad y ritmo.

Finalmente, la causa tercera de los cambios en el mercado, fue el hecho de la patrimonialización del inmueble. La estructura física que actualmente sostiene al mercado se conserva desde 1800, la solidificación arquitectónica le añade un valor histórico, que le otorga una categoría política. En el caso del conjunto Abelardo L. Rodríguez, los testimonios de locatarios y mi experiencia personal, me mostraron que lejos de ser, un nombramiento que ayude al espacio y a su gente, ha sido un obstáculo mayor, y los que menos se toman en cuenta, son los que hacen uso directo de él.

Hasta aquí hemos reflexionado sobre el mercado como un lugar, con actividades distintivas del comercio, enmarcado por una ciudad cambiante. Esta dualidad se articula de maneras diversas, en ocasiones en sintonía entre las necesidades de la población urbana y el mercado que las satisface, y otras veces en forma des-sincronizada. Se trata de la relación entre el mercado como un lugar y una comunidad que trabaja en él cotidianamente, y por el otro lado un espacio complejo con una población que se transforma en el tiempo. Pero hay otro plano adicional que hemos trabajado en esta tesis, y es el del mundo de las representaciones. En este otro plano encontramos también sincronías y des – sincronizaciones entre las dinámicas de la ciudad como contenedor, y el del mercado y sus contenidos. Se trata del mundo de las narrativas, de las representaciones, el mundo de los imaginarios y todo ello como constituyente de las memorias. Para ser más precisa, de las memorias en contienda, una lucha entre lo que es recordado y lo que es olvidado.

En su origen, el mercado Abelardo L. Rodríguez fue pensado no solamente como un espacio moderno, cuyo orden e higiene contrastaba con el entorno bullicioso, errático y de estándares cuestionables de limpieza, del comercio tradicional. Este nuevo espacio se proponía además como una herramienta de modernización, por un lado, como un recurso que transformaría las conciencias de los habitantes de la ciudad. Esto sucedería a través de la educación que alojarían las instalaciones escolares y biblioteca; y de la cultura, por medio del teatro y centro cívico, que albergarían manifestaciones artísticas y sociales de distinta índole, y dirigido a un público, que desde su posición económica no tendría acceso. Por el otro lado, se proponía, como un espacio que sintetizaría en sus murales la historia contemporánea de un país que salía de la convulsión revolucionaria, a través de las obras de gran formato in situ se buscó institucionalizar las nuevas directrices del país para la materialización de los derechos del pueblo. La materialización de esta gran narrativa, como lo narramos en las primeras páginas de este trabajo, fue un proceso de contienda que podemos plantear como una confrontación entre una versión hegemónica consolidándose en la historia oficial de una nación en construcción, y las memorias individuales que en las voces y pinceles de los artistas que intervinieron en la elaboración del mural trataron de incorporar la memoria de los sujetos subalternos cuyas experiencias de vida no era necesariamente retratada en esta obra majestuosa.

En estos primeros años del siglo, la tarea asignada al mercado fue modernizar material y subjetivamente a la ciudad, un proceso que como toda transformación fue una dinámica de confrontaciones. El mercado terminó siendo un espacio que contenía una narrativa, una historia, atada a los muros y a las subjetividades para anclar en la memoria de los habitantes de la ciudad y el mercado, el modelo que la ciudad y el país se proponían para el futuro. Una “memoria del futuro”.

La segunda mitad del siglo XX heredó a través de las mentes y el entorno material de los habitantes de la ciudad de México, diferentes representaciones de la “memoria del futuro”. Sin embargo, la realidad no fue espejo de los muros. Cuando en medio de una gran crisis económica, en 1985, un terremoto sacudió a la ciudad y a las conciencias de sus ocupantes. Esta vez el entorno del mercado cambió, ejerciendo una gran presión sobre los locatarios y empleados que “habitaban” el inmueble. La memoria de esa calamidad se incorporó a las narrativas que conforman la memoria compartida de este grupo, que se configura desde mi punto de vista como una comunidad que persiste en gran medido porque comparten una memoria colectiva. El entorno se transformó rápidamente, la población cambió, el país se transformó económicamente y la ciudad inició un cambio político que llevaría a un cambio de gobierno de la ciudad y más tarde

a un cambio de régimen de gobierno en el país. Otros mercados de la ciudad cambiaron y ajustaron sus prácticas a los nuevos requerimientos de una población con un nuevo modo de vida y formas de consumo, pero el mercado y sus locatarios evolucionaron a otro ritmo. El inmueble que había sido una tecnología para la construcción del progreso, se transformó en un ícono de un pasado que une a los locatarios y empleados del mercado y que le da sentido y cohesión como colectividad. El mercado se ha transformado en un "lugar de la memoria", pues conserva un proyecto que la ciudad y el país ha abandonado.

Hacia los inicios del siglo XXI nuevamente el mercado vuelve a ser un espacio de memorias en contienda. El tiempo ha transcurrido el inmueble y los murales. Su mantenimiento y conservación requieren de recursos y voluntades que sobrepasan la capacidad de los locatarios y empleados que habitan el inmueble cotidianamente. La respuesta oficial ha sido la transformación del inmueble en un "patrimonio". Este proceso de "patrimonialización" transfiere el control sobre este lugar, a las autoridades competentes y nuevamente pone en oposición, a este "lugar de la memoria" que contribuye a la continuidad de la colectividad que lo habita, con la nueva representación del mercado como un capital cultural que se vuelve parte de la marca ciudad de la CDMX y como un instrumento más para la promoción del turismo.

Memoria del futuro, lugar de la memoria y memoria como patrimonio, el Museo Abelardo L. Rodríguez es un microcosmos, que refleja las complejas dinámicas de una ciudad en constante transformación, y nos recuerda, que el vínculo entre ciudad y memoria es al mismo tiempo conflictivo e indisoluble.

6. BIBLIOGRAFÍA

Acevedo, E. (1997). Jóvenes muralistas apuestan a un proyecto popular: El mercado Abelardo L. Rodríguez. *Curare, Espacio crítico para las artes*, 85-135.

Aguayo, A., & Zirión, A. (2022). *HABITAR Y COMPRENDER EL ESPACIO URBANO. Escrito por Angela Giglia sobre la Ciudad de México.* Ciudad de México: Universidad Autonóma Metropolitana.

Ahuactzin, G. (2004). Rehabilitación del mercado Michoacán y su entorno. *Universidad de las Américas de Puebla*.

Alonso García Bravo. (s.f.). Recuperado el 6 de November de 2024, de Real Academia de la Historia: https://dbe.rah.es/biografias/48900/alonso-garcia-bravo

Armijo, A. (s.f.). *La revalorización de un monumento histórico en el barrio de San Sebastián.* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

Camotes, Y. (24 de agosto de 2021). Los "bilimbiques"; el dinero revolucionario. *La Voz*.

CDHDF, C. (2018). *Informe especial. Crecimiento urbano y derechos humanos en la Ciudad de México.* Ciudad de México: Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF).

Delgadillo, V. (2016). *Patrimonio urbana de la Ciudad de México: La herencia disputada* (1ra. ed.).

Duhau, E., & Giglia, A. (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli.* Ciudad de México: SIGLO XXI Editores.

Duhau, E., & Giglia, A. (2016). *Metrópoli, espacio público y consumo.* Ciudad de México: Fondo de Cultural Económica (FCE).

Giglia, A. (2009). Pensar lo contemporáneo. De la cultura situada a la convergencia tecnológica. En E. N. M. Á. Aguilar, *Culturas del habitar y espacios urbanos* (págs. 221-241). Ciudad de México: Anthropos-DCSH, UAM-I.

Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura. Perspéctivas teóricas y de investigación.* Ciudad de México : División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autonóma Metropolitana-Iztapalapa.

Giglia, A. (2017). *ESTUDIO DE CARACTERIZACIÓN DE LA OFERTA DE LOS MERCADOS PÚBLICOS EN LA CIUDAD DE MÉXICO (ECOMP).* Ciudad de México: Consejo económico y social de la Ciudad de México en colaboracion con La Univerdiad Autonóma Metropolitana Unidad Iztapalapa.

Giglia, A. (2018). *Comercio, Consumo y Cultura en los Mercados Públicos de la Ciudad de México* (primera edición ed.).

Goody, J. (1985). *La domesticación del pensamiento salvaje.* Ediciones Alaska.

Guardia Bassols, M., & Oyón Bañales, J. (2007). Los mercados públicos en la Ciudad Contemporánea. El caso de Barcelona. *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*.

Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva.* Zaragoza, España: Prensas Universitarias de Zaragoza.

Huyssen, A. (2002). Cultura y memoria en tiempos de globalización. *FaHCE*.

Jelin, E. (2012). *Los trabajos de la memoria* (2 a. edición ed.). Institutode Estudios Peruanos.

Larios, G. A. (2004). *Rehabilitación del mercado Michoacán y su entorno.* Cholula, Puebla: Departamento de Arquitectura. Escuela de Artes y Humanidades, Universidad de las Américas Puebla.

Le Goff, J. (1991). *El ordden de la memoria.* (1 a. edición ed.).

Lezama, R. G. (25 de June de 2024). *Se expide la Ley Lerdo o Ley de Desamortización de los Bienes Eclesiásticos. 25 de junio.* Recuperado el 2 de November de 2024, de Comisión Nacional de los Derechos Humanos: https://www.cndh.org.mx/noticia/se-expide-la-ley-lerdo-o-ley-de-desamortizacion-de-los-bienes-eclesiasticos-25-de-junio

Meneses, R. (2011). *Legalidades públicas: el derecho, el ambulantaje y las calles en el centro de la Ciudad de México (1930-2010).* Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Nora, P. (2008). *Les lieux de mémoire.* Ediciones TRILCE.

Obregón, L. G. (1902). *Reseña histórica del desagüe del Valle de México 1449-1855.*

Romero, H. M. (1994). *Enciclopedia temática de la Delegación Cuauhtémoc.* Comercializadora de Impresiones Selectas.

Romero, H. M. (1994). *Enciclopedia temática de la Delegación Cuauhtémoc.* Ciudad de México: Comercializadora de Impresiones Selectas.

Sánchez, E. C. (2013). EL DESARROLLO DE LA CIUDAD DEMÉXICO.

Secretaría de Desarrollo Económico de la Ciudad de México. (2019). Obtenido de Oficina Virtual de Informacion Económica: https://ovie.sedeco.cdmx.gob.mx/OVIEWEB/#!

Soriano, M. C. (2010). La huerta del Colegio de San Gregorio, asiento del taller de Manuel Tolsá y su transformación en fundición de cañones, 1796-1815. En *Historia Mexicana* (págs. 1401-1431).

Díaz, M. (1982). *La Arquitectura de los Jesuitas en Nueva España; Las instituciones de apoyo colegios y.* México: Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM.

González, F. J. (2018). *Crecimiento urbano y derechos humanos en la Ciudad de México.* Ciudad de México.: Comisión Nacional de los derechos humanos.

López, F. S. (1992). *Ordenanzas Militares en España E Hispanoamérica.* Madrid: Maphre.

Monje, I. G. (2007). *Morfología del espacio del centro histórico de la Ciudad de México; Un.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Ovando, C. D. (1951). *El colegio Máximo de San Pedro y San Pablo.* México: Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM.

Rojas, J. A. (1978). "La transformación de la zona central de la Ciudad de México, 1930-1970". En A. Moreno Toscano, *La Ciudad de México, Ensayo de Construcción de una Historia* (págs. 275-278). México: Instituto Nacional de Historia y Antropología.